La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 19 DE DICIEMBRE DE 1892 — NÚM. 573

Con este número repartimos á nuestros suscriptores el tercero y último tomo de la importante obra «AMÉRICA. Historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos á los más modernos,» profusamente ilustrada



MADONNA, cuadro de T. Grosse

SUMARIO

Texto. – *Crónica de arte*, por R. Balsa de la Vega. – *El trípico*, por A. Danvila Jaldero. – SECCIÓN AMERICANA: *El barón*, por E. Poe. – *Industriales*, por A. J. Pereira. – *Miscelánea.* – *Nuestros grabados.* – *En alta mar*, por Cordelia. – SECCIÓN CIENTÍFICA: Varios. – Libros recibidos.

Grabados. – *Madonna*, cuadro de T. Grosse. – *Fernando Lepsses.* – *Maximiliano de Alemania y la princesa María de Borgoña*, cuadro de L. Reiffenstein. – *Las bandas militares mexicana y de ingenieros.* – El kanguro pugilista. – *Monumento á la memoria del príncipe Amadeo*, obra de D. Calandra. – *La huída á Egipto*, cuadro de H. Prell. – *La inscripción en el registro bautismal*, cuadro de D. S. Viniegra. – Figs. 1, 2 y 3. Patinación en todo tiempo. – *Excmo. Sr. D. Cástulo Ferrer.*

CRÓNICA DE ARTE

Ya salió el Jurado de la Exposición internacional de Bellas Artes del gran apuro en que le pusieron las circunstancias. No entraré á detallar cuáles eran éstas; baste decir que hubo día en que el *senadoconsulto* artístico recibió cincuenta cartas de recomendación, algunas de altas personalidades. Ante tales acometidas se impuso la necesidad de conceder muchos premios, y ¡claro! á última hora la benevolencia batió sus alas sobre un ciento de individuos. *¡Tutti contenti!*

Por cierto que *La Vanguardia*, de Barcelona, al dar la lista de los artistas catalanes premiados, incluye á varios que no son hijos de la región que vió nacer á Fortuny y á Mercadé, como le sucede á mi amigo Ugarte, al cual le otorgaron una segunda medalla por su precioso lienzo *Las sardineras*. Ignacio Ugarte es natural de San Sebastián. No haría esta rectificación si no tuviera el pensamiento de llevar á cabo más adelante un estudio del medio artístico que se inicia en un buen número de localidades.

Realmente, Francia ha sido la nación más favorecida por la suerte. Obtuvo tres medallas de oro menos que España, habiendo presentado novecientas y pico de obras menos que nosotros y estando sesenta codos por debajo de Baviera en importancia artística. La proverbial galantería española se corrió un poco de la cuenta, y en cambio apenas si hizo algo más que justicia á la escuela de Munich. Pero, en fin, en *Verdades y mentiras* hablaremos un poco acerca de este particular, que tiene más interés de lo que aparece mirándolo á primera vista. Prosigo el estudio de la sección de escultura.

Cataluña, patria de la mayor parte de los escultores españoles, obtuvo una medalla de oro, dos de plata, tres de bronce y seis menciones honoríficas. No puede la región estar descontenta del éxito, aun cuando yo hubiera dado medallas á algunos que solamente obtuvieron menciones y éstas se las endosaría á ciertos que han conseguido medalla.

La obra escultórica premiada es tan heterogénea, que bien se adivina cómo el Jurado no se preocupó gran cosa – y hasta cierto punto hizo bien – de analizar la verdad que, dentro de lo psíquico, avalorarla pudiera; pues mientras á Fuxá, pongo por ejemplo, se le premia por una figura mística, á Alvarez (don Rodrigo) se le concede igual recompensa por su estatua seudo-clásica *Dafnis* y á Amutio por el grupo *Por la patria*. Es esta amplitud de criterio del Jurado un verdadero caso de eclecticismo, muy digno de ser tenido en cuenta para el estudio que del concepto del arte, en estos días dominante, pueda hacer alguien. Y yo, que he creído y sigo creyendo como necesario para la vida del arte en general el libre albedrío del sentimiento, expresado por el individuo, aplaudiría sin reservas ese eclecticismo, si resultara de un examen detenido, concienzudo, de la obra que claramente determinase una individualidad original y artística. Pero no ha sido así. Excepción hecha de uno ó dos escultores de los premiados, las recompensas se otorgaron al *modo de hacer*, con arreglo á las prácticas de las escuelas á que cada uno vive apegado como á la roca la lapa; pues descontando ahora lo del valor moral de esas obras, puedo afirmar que se vería en grave aprieto el más práctico para adjudicar á cada escultor su escultura, si éstas no llevasen al pie el nombre y el apellido de quien las hizo.

He aquí lo grave. La preocupación de la factura, de la regularidad y composición de los paños, de todo cuanto directamente atañe á la parte plástica, al tecnicismo del arte. Preocupación que alguna vez anula casi por entero los atrevimientos y energías de la idea. Y al debatirse la cuestión magna del realismo moderno y de la estática escuela seudo-clásica, veo cómo la preocupación constante es la de la forma y del medio técnico.

Cuanto sea producto, en el arte, de teorías de escuela, tendrá siempre el sello de la impersonalidad y de la falsedad. Dar vida á un sentimiento ó á una idea con arreglo á fórmulas establecidas, es mermar destellos á la inspiración, espontaneidad y frescura al pensamiento, verosimilitud á la obra. Esto le acontece al Sr. Alvarez en su *Dafnis*, estatua ejecutada con minuciosidad grande, dibujada con la vista fija en las obras escultóricas de un clasicismo más ó menos heleno. No es que yo rechace una estatua ó un cuadro porque estén inspirados en la contemplación de lo que Fidias y Alcamene hicieron; lo que rechazo, sí, es la imitación. Supongamos á un novelista del día escribiendo la prosa arcaica de Cervantes ó la afectada de Quevedo, y trazando el cuadro de las costumbres de los tiempos de Felipe III ó de Felipe IV; siempre estaría muy por debajo del autor de *Rinconete y Cortadillo* ó del de *El gran tacaño*, amén de abdicar de su personalidad. Y precisamente el arte lo que necesita son personalidades, y esas personalidades necesariamente tienen que ser hijas de su tiempo; no pueden serlo ni del pasado ni del futuro; cuando más, podrán adivinar ó presentir, como sucedió á Velázquez y á otros genios.

De este defecto adolecen, á mi ver, gran parte de los escultores españoles. Cuidan de un modo mortal de no separarse, bien de los cánones clásicos, bien de los exclusivismos del naturalismo francés; dándose aquí el raro fenómeno de que el naturalismo iniciado en nuestra escultura pertenece de hecho y de derecho al pictórico, al malaventurado pictórico de los *ruraliste* del otro lado de los Pirineos.

El retrato tiene representación grande en este certamen. El busto del pintor Domingo, obra de Mariano Benlliure, descuella entre todos los de la sección de escultura, como la obra genial descuella sobre la que es hija del estudio y de la meditación, de un modo avasallador, imponiéndose á la crítica y á cuantos distingos pueda establecer. Frente á este busto no cabe más que la admiración que causa la verdad sorprendida en su doble aspecto físico y moral. Domingo, el celebrado pintor de *Santa Clara* y de los *Titiriteros*, está de tal modo comprendido en este busto, que no dudo en afirmar cuán difícil sería intentar otro retrato del insigne artista, ni pictórico ni escultórico. Decíame *Fernanflor* una mañana que ambos contemplábamos la obra de Benlliure: «Este no es el retrato de Domingo, Domingo es el retrato de este busto;» y como yo le mirase pidiéndole una explicación de tal juicio, que me parecía paradógico, prosiguió: «Digo eso, porque la expresión sorprendida en este busto es tan íntima y tan personal de Domingo, que solamente los que como yo le conocen de largo tiempo han logrado observarla alguna vez.»

De Trilles hay también un buen busto retrato en barro cocido, muy bien modelado, correcto de línea, hecho con facilidad suma y de carácter. Siguen á éste uno de Angel García, que representa al obispo de Oviedo; dos bustos en yeso (cabezas de niños) de González de la Pola; uno en barro de González del Valle, y cuatro en mármol, debidos al cincel de Marinas, muy bellos, especialmente el de la señorita R. C., delicadamente esculpido y digno del autor del grupo *Dos de mayo de* 1808. De Vidal hay también otro busto retrato, si frío de línea, de gran parecido, y de Gandarias dos, blandos y carnosos.

La escultura de *género*, propiamente dicha, alcanza importancia bastante en esta Exposición para dejarla de tener en cuenta. No sé si acusa decadencia este aspecto con el cual viene mostrándose el arte escultórico hace ya algunos años, como afirman varios críticos, ó si en realidad obedece á una evolución sin consecuencias. Las pequeñas estatuitas de Tanagra, como las de los mejores días del arte romano y griego, parecen indicarnos algo en favor de la afirmación primera. No entraré en disquisiciones de tal especie, á las cuales es ajeno el carácter de esta *Crónica:* no hago más que apuntar la idea y mencionar el número de esculturas que, del carácter apuntado, se muestran al examen en el palacio del Hipódromo.

De Alvarez Muñoz existe un grupo en yeso, *El barbero de aldea*, que recuerda bastante un cuadro del mismo género, conocido por el título de *El banco de la paciencia:* de Carbonell otro grupo en yeso, graciosamente dispuesto aun cuando un poco *manieré*, que representa á una pastora que lleva en brazos un cabritillo, y á su lado, con la cabeza levantada y en actitud de balar, la madre; de la señorita Ginés dos grupos, uno en yeso y otro en barro cocido (este último mejor que el primero), que se titulan *Lucha por la existencia* (dos perros disputándose un hueso) y *Canto de victoria* (dos gallos, uno muerto y el otro puesto encima del vencido, lanzando al aire su «canto de victoria»), este grupo es el que yo califico de mejor; de González de la Pola un boceto, *Bromazo*, y de Marinas un grupo que su autor titula *Pescadores pescados*, dos niños de playa que se ven sujetos por los tentáculos de un pulpo. Viénese á la memoria al mirar este grupo, admirablemente modelado y muy movido, el recuerdo de otro, *¡Al agua!*, deliciosa obra del genial Benlliure. De Tavera vi la estatuita exhibida en la Exposición de Bellas Artes de Barcelona de 1891, *C' est mi;* acompáñanle dos cabecitas en bronce, una de niño riendo y otra de pescador viejo, ambas modeladas con proligidad suma, y muy bien caracterizadas. De Suggang y Cannelo una estatua que representa á un chicuelo mendigo en el acto de pedir una limosna. De Alcoverro el grupo *Un dúo*, que figuró en la mencionada Exposición de Barcelona, y una estatuita (barro cocido) que se titula *Camino del Pardo:* el motivo es un pintor apoyado contra un guardacantón, apurando una colilla y con la caja de los colores en la mano; está modelada graciosamente y bien movida. De Theus Asin otra estatua pequeña en yeso; un niño vestido de *pierrot*, que se asusta porque mira á sus pies una lagartija: la obra lleva por título *Un susto*. Además de estas esculturas de género, cuéntanse las ya apuntadas de Vallmitjana y de Campeny.

Con su poquito de *filosofía* exhiben también obras Pastor, Valsero y Clarassó. *Capullo tronchado*, del segundo, y *Revelación*, del primero, pueden ser el principio y el fin de una «historia vulgar,» que diría Castro y Serrano. Con un poco de buena voluntad, en estas dos estatuas se adivina todo un drama, cuyo factor primordial es el amor. Algunas obras inspiró este sentimiento tan humano á varios artistas que al actual certamen concurren; pero por una casualidad, por una de esas combinaciones del acaso, en las esculturas de Valsero y de Clarassó el amor se nos presenta con un aspecto verdaderamente dramático. *Revelación* significa la chispa pasional que hiere el corazón de la jovencilla, y de cuya emoción no se da cuenta hasta que observa el arrullo de dos palomas: en ese instante se hace la luz (como yo esta frasecita) en la razón de la doncella; la chispa se convierte en hoguera (creo que me paso al campo de los románticos cursis) y la hoguera transforma á la doncella en amante. *Capullo tronchado* es el final del incendio. Roto el encanto amoroso, apagada la hoguera susodicha, olvidada, yace la bella tendida en tierra, dolorida el alma, perdida la honra, negro el porvenir, señalada por el dedo de Galeoto.

No dejaré la pluma sin apuntar en este artículo otras dos obras de escultura que el amor inspiró. *Canto de amor* se titula un grupito en bronce de Amutio. Cuando miro esta obrita (que tiene detalles muy bellos) me figuro que por divina permisión veo cómo mis abuelos se arrullaban con las notas de cualquier romanza en tono de *ut*, debida á alguno de los maestros italianos más en boga, allá por los años de 1800. Mi abuela la representa Amutio con el talle debajo de los brazos, y los deditos más arriba el descote; á mi abuelo, de casacón, luciendo su gran peluca y las estiradas medias. Benlliure, que es el otro escultor á quien la pasión amorosa inflamó hasta el punto de obligarle á empuñar el cincel para eternizarle en el mármol, exhibe un bajo relieve, admirable de factura y de exquisito buen gusto. Este bajo relieve se titula... *Canto de amor*. ¡Oh! Aquellas dos figuritas clásicas, una sentada y otra de pie (ambas femeninas), teniendo la sedente una lira, y la segunda tocando las *tibias*, la bucólica flauta de Pan, son un encanto, una maravilla; parecen arrancadas del taller de uno de aquellos escultores sublimes, los cuales borraron con su arte las negruras de la historia de la ciudad de los treinta tiranos ó las de la ciudad Eterna.

R. BALSA DE LA VEGA

Madrid, 14 de diciembre de 1892

EL TRÍPTICO

TRADICIÓN TOLEDANA

I

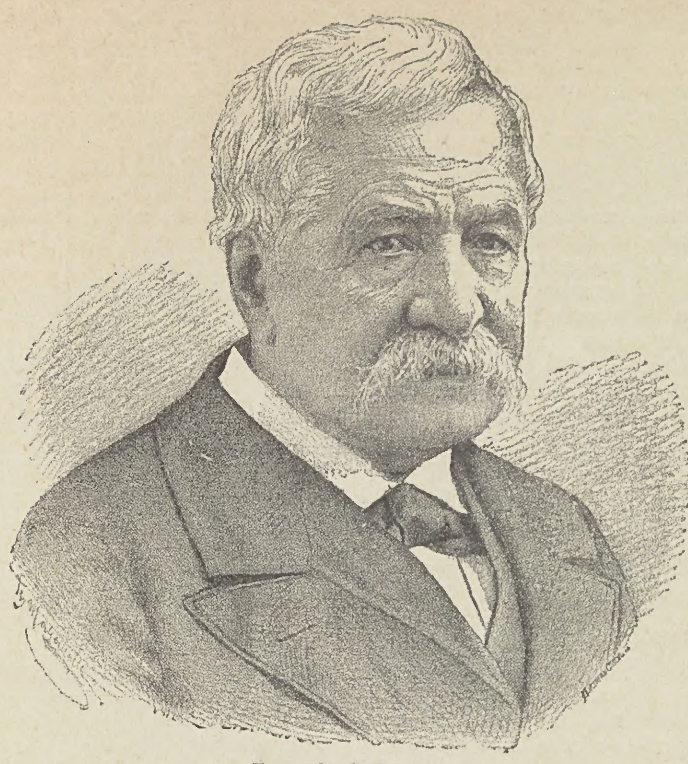
En los últimos años del reinado de Carlos III existía en la antigua corte imperial una estrecha y empinada callejuela inmediata al Alcázar, y en ella una tiendecilla conocida entre las gentes del barrio con el gráfico nombre de la *Cueva del judío*. Difícil hubiera sido el clasificar con certeza el género de comercio á que se dedicaba su dueño por la inspección de las mercaderías que en envuelta confusión se albergaban en los desportillados estantes ó se amontonaban en los obscuros rincones del mezquino zaquizamí destinado al público. Ropas usadas, hierros viejos, toneles de diversos líquidos, sacos de cereales, rollos de cuerdas, alpargatas, velas de sebo, zapatos, albardas y hasta un buen número de armas de diversas épocas; de todo se veía en la tienda en cuyo fondo y haciendo frente á los seis escalones que facilitaban la bajada desde la calle hallábase el mostrador, especie de fortísima mesa de nogal, y tras ella, sentado en viejo sitial de churrigueresca talla, despojo de alguna linajuda morada, encontraban los parroquianos al propietario de aquel extraño bazar. Era aquél

un vejecillo nervioso y apergaminado cuya mirada fisgona y sarcástica y aguileña nariz de regular tamaño parecían dar la razón al vulgo, que le designaba con el mote de *judío*, haciendo caso omiso de que su verdadero nombre era Zacarías González, natural y vecino de Toledo é hijo de padres cristianos ó al menos tenidos como tales.

Sin duda contribuía á la fama de israelita del viejo mercader la creencia que abrigaban todos los toledanos de que poseía una cantidad considerable de numerario, que estaba dispuesto á prestar á quienquier que con buenas prendas ó valiosas hipotecas se resignara á satisfacerle el módico interés del cinco por ciento mensual.

Cierta noche de fines del mes de enero encontrábase Zacarías ocupado, según costumbre, en hacer números y más números en un librote de tapas de pergamino. Pocos instantes faltaban ya para que las campanas de los templos cercanos anunciaran que era llegado el momento de orar por los difuntos, cuando acentuado rumor de pasos distrajo al anciano que, dejando la pluma y arrebujándose en el grueso capote pardo que le defendía del frío, fijó sus ojos grises en la puerta de la cueva, en donde se presentó la figura de un joven, vestido con una modesta chupa de paño negro tan viejo y deslustrado como el de los calzones y la holgada capa que pendía de sus hombros. El incógnito personaje bajó los seis escalones y cruzando la tienda se acercó al mostrador, permitiendo á Zacarías distinguir, á la luz del velón que iluminaba la estancia, un rostro juvenil de correctas facciones, recuadradas por una barba rubia que armonizaba con grandes ojos azules, dulces y expresivos. El mancebo saludó llevando la mano á su sombrero de anchas alas y dijo al tendero con mal seguro acento:

– Dios guarde á usted. ¿Le convendría comprar un objeto precioso?



Fernando de Lesseps

– Según y conforme, respondió Zacarías. ¿Qué es?

– Esto.

Y al propio tiempo el vendedor puso sobre la mesa una cajita de cartón, de la que el viejo extrajo un tríptico de primorosa orfebrería del siglo XIV. Calóse el mercader las antiparras y fijó su mirada de ave de rapiña en las escenas de la Pasión, que se albergaban bajo elegantes arquitos conopiales en el centro y en las portezuelas del diminuto tríptico; pero instantáneamente frunció el entrecejo, contrájose su boca y un relámpago fugaz brilló en sus ojos. Contúvose, sin embargo, y con aire indiferente preguntó:

– Y ¿cuánto quieren por esto?

– Pesa siete onzas. Es de oro y me parece que el trabajo bien vale otras tantas.

– Mucho dinero es, amigo mío... Las hechuras no tienen valor; pero en fin, yo por ser cosa antigua..., y aquí se detuvo el viejo zorro como si no advirtiera la ansiedad del desconocido pendiente de sus labios, daría, daría... si tiene el peso que se dice, siete onzas y media... y está muy bien pagado.

– Es poco, Sr. González. Si yo pudiera ir á Madrid estoy seguro de que me darían las catorce onzas; pero... no puedo, me encuentro en un gran apuro y necesito por lo menos doscientos pesos: es lo último, y si no conviene...

– Bueno, bueno, no hay que precipitarse, joven. Le daré á usted sus doscientos pesos, dijo el usurero cesando repentinamente en el regateo cual si una nueva idea brotara en su imaginación. Voy á mandar á mi criada para que venga en seguida el maestro Lorenzo el platero, y si reconoce que es oro de buena ley trato concluído.

Y levantándose penetró en la trastienda, de donde salió al poco rato una vieja de aspecto miserable, que lanzando al mozo una mirada aviesa salió á la calle, perdiéndose en la obscuridad.

Transcurrió un cuarto de hora durante el cual Zacarías parecía absorto en reconocer cuidadosamente el tríptico, en tanto que el joven, viendo que el viejo no le dirigía la palabra, sentóse sobre un cajón adoptando una actitud meditabunda, de la que no salió sino al ver aparecer en la puerta á la vieja que, bajando los escalones con cuanta rapidez le permitían sus años, dijo al mercader cambiando con él una rápida mirada de inteligencia:

MAXIMILIANO DE ALEMANIA PIDIENDO SU MANO DE ESPOSA Á LA PRINCESA MARÍA DE BORGOÑA, cuadro de León Reiffenstein

– Señor, ya viene el maestro Lorenzo.

Oyóse ruido de pisadas en la calle; el joven se puso en pie y Zacarías dejó el mostrador, avanzando hacia la puerta á tiempo que un grupo de corchetes vistiendo el característico traje de los alguaciles de la época apareció en la penumbra.

– Pasen sus mercedes, dijo Zacarías, y señalando al propietario del tríptico, sorprendido á la vista de los representantes del corregidor, añadió: Este es el ladrón que ha venido á proponerme la venta del tríptico que hace un mes robaron del Tesoro de la catedral.

– ¡Yo ladrón!, gritó el joven en cuya noble fisonomía se pintó la indignación. ¡Miserable, canalla! ¿Sabes lo que te dices? Y rápido como una exhalación se precipitó hacia Zacarías con los puños cerrados, pero éste esquivó el golpe saltando por encima del mostrador, dando así tiempo á que los corchetes, como una jauría furiosa, se arrojaran sobre el infeliz mancebo, que á pesar de sus rudas sacudidas concluyó por ser derribado y sujeto con varios cordeles.

– ¡Señores, por piedad, balbuceó el joven, les juro por Jesús Sacramentado que soy inocente!

– Bueno, bueno, dijo sarcásticamente el viejo; eso ya lo averiguará el señor corregidor.

II

A más de la fama de recto y justiciero que el pueblo de Toledo se complacía en tributar á su corregidor D. Francisco Collado, era éste el hombre más bondadoso y cortés que en muchos años había gobernado la ciudad imperial. Creyente sincero, procuraba ajustar todos sus actos á la más estricta moral cristiana, de tal suerte que sin escatimar el justo castigo al delincuente le consideraba al propio tiempo como un desgraciado digno de la mayor conmiseración. Tal era el personaje ante quien los corchetes condujeron al presunto ladrón del tríptico de la catedral.

D. Francisco hizo una seña á los alguaciles y éstos se retiraron dejando al reo en presencia del juez. Reinó un silencio de algunos instantes, durante el cual sólo el rasguear de una pluma sobre el papel hizo notar la presencia de un hombre de edad madura que escribía en un extremo de la gran mesa cubierta de bayeta negra, tras de la cual se hallaba sentado el corregidor en su antiguo sillón de guadamecil de Córdoba, semejante á otros varios diseminados por la cámara, adornada tan sólo con algunos lienzos religiosos y varias taquillas conteniendo papeles.

El joven alzó la vista, y á la luz que proyectaba un velón monumental de bronce miró con timidez á D. Francisco, que le dijo con reposado tono:

– Pocos años tenéis; pero, según parece, bien empleados en buscar vuestra perdición temporal y eterna.

– Señor, soy inocente de todo cuanto pueda infamar mi pobre pero honrado linaje. Se lo juro á su señoría por lo más sagrado.

El corregidor, acostumbrado á tales protestas, frunció la boca en ademán dubitativo, y haciendo seña de inteligencia al personaje que escribía preguntó:

– ¿Quién sois?

– Si vuestra señoría me lo permite, respondió el joven, yo le referiré de una vez todo cuanto puedo decir sobre este asunto desgraciado, en el que el primer sorprendido soy yo.

– Hablad cuanto gustéis.

– Pues bien: me llamo Agustín Romero, natural de esta ciudad, y era hasta hace un mes estudiante de filosofía en la Universidad de Alcalá; mi familia se reducía á mi hermana Fermina y á mi anciano padre, mercader ambulante de paños, con cuya industria se sostenía modestamente ahorrando además una pequeña suma, con la que atendía á mis estudios. Hará medio año, encontrándose mi progenitor en Valencia, decidió embarcarse para Alicante á fin de seguir su viaje hasta Alcoy y hacer allí algunas compras que requería su comercio. Durante cuatro meses nada supimos de la balandra que le conducía, y ya le llorábamos como víctima de un siniestro, cuando un Padre trinitario nos trajo una carta suya, fechada en Túnez, en la que manifestaba ser esclavo de un musulmán, ¡pobre padre mío!, á quien le habían vendido los piratas que apresaron su barca frente á las playas de Benidorm. La carta añadía que su rescate estaba fijado en catorce onzas de oro y que si podíamos reunir tal suma ó algo menos los trinitarios se encargarían de completarla y rescatarle, devolviéndole á su querida patria. Hace una semana recibí yo esta carta en Alcalá y en seguida me vine con ella á Toledo á comunicar tales nuevas á mi hermana, que reside en la plaza del Tránsito en compañía de Mariana, su ama de leche. Una vez reunidos deliberamos sobre el caso, y con dolor reconocimos que nuestra situación era tristísima, pues durante la ausencia de mi padre se habían agotado todos nuestros recursos y ni aun vendiendo todo el mobiliario podíamos reunir la suma indicada. Acudí al Superior de los trinitarios, y éste me dijo que la orden podía satisfacer algo de la cantidad á que asciende el rescate, pero que le era imposible hacerlo del total por cuanto eran muchos los cautivos, pocas las limosnas y antes que á mi antecesor había que redimir á infelices que llevaban largos años de esclavitud. Recomendóme la paciencia y la esperanza, pues tal vez más adelante podría hacer más en favor nuestro. Pero ¿cómo esperar, señor corregidor? ¿Cómo dejar transcurrir el tiempo cuando mi padre, infeliz con sus años y sus achaques, estará padeciendo horroroso martirio lejos de su patria y de sus hijos?

– Vamos, comprendo lo que sigue, interrumpió D. Francisco, que escuchaba atentamente el relato. Abusando de vuestro apuro, que ciertamente era grande, algún desalmado, que nunca falta en tales casos, os propuso tomar parte en el robo de la catedral...

– No, señor; mi honra está limpia de tal infamia.

– ¡Pues entonces, ese tríptico!..

– A eso voy. Viendo Mariana, el ama de mi hermana, nuestros apuros, nos dijo poseer un preciado recuerdo de su familia cuyo valor jamás había inquirido, pero que tal vez pudiera poporcionarnos parte de la cantidad que anhelábamos, y sacando de un viejo arcón el tríptico causa de mi desventura me lo entregó. A pesar de mi escasa inteligencia en la materia, comprendí que el objeto era pieza de valor, pues su peso sólo representaba una parte muy principal de la suma que necesitábamos. Sin embargo, Dios ha dispuesto en sus misteriosos acuerdos que toda la alegría que nos causó aquel auxilio inesperado, y le llamo así, pues Mariana jamás había hablado del tríptico, se trocara en desesperación y vergüenza, y heme aquí acusado de ser un miserable ladrón.

A pesar del acento de sinceridad del joven, resultaba tan inverosímil la procedencia del tríptico, robado poco antes del Tesoro de la catedral, que don Francisco, después de meditar un momento, dijo:

– Joven, todo eso que habéis relatado será preciso probarlo, y para esta y otras diligencias importantes habréis de quedar preso por ahora.

– Señor corregidor, juro á usted que soy inocente, exclamó Agustín, pero comprendo que las apariencias engañan.

– Si no sois un ladrón, hijo mío, medio habrá de probarlo; entretanto vais á ser conducido á la cárcel de la villa, en la que ordenaré se os atienda cuanto es posible en tan triste lugar.

El desgraciado bajó la cabeza, ocultando el rostro entre las manos, mientras dos alguaciles acudían diligentes al sonido de la campanilla de plata que agitó el corregidor, incautándose de Romero para conducirle á su encierro.

III

En vez de resplandecer la inocencia del protagonista de nuestra historia, las actuaciones sucesivas, encomendadas á un hábil escribano, demostraron de un modo casi indudable que Agustín, si no era el ladrón del tríptico, pues no se hallaba en Toledo en la época de la comisión del delito, por lo menos era cómplice y encubridor de los que tal fechoría habían llevado á cabo. Las declaraciones de Mariana, de importancia suma en el asunto, se limitaron á asegurar que la joya era un regalo de su abuelo, famoso artífice granadino, y que jamás había hablado del preciado objeto, temerosa de que un sobrino, sujeto de malos antecedentes, se apoderase de él, como había hecho con otras cosas de menos valía. Por desgracia, nada de esto fué comprobado, pues el donante había muerto muchos años antes en su patria sin dejar parientes, y cuando el corregidor apremió á la anciana buscando la verdad, la infeliz, turbada y confusa de verse en aquel trance, no hizo más que divagar y contradecirse en tales términos que dió lugar á dudas acerca del estado de sus facultades mentales. En cambio, el eclesiástico encargado de la custodia del Tesoro de la catedral y todos los clérigos y dependientes de la misma afirmaron unánimemente y sin vacilar que el tríptico era realmente el que había sido robado del sagrado depósito.

Con tales antecedentes no extrañarán nuestros lectores que Agustín, á pesar de sus enérgicas negativas y de la fama de honradez de que siempre había gozado, fuese considerado como reo del delito de robo sacrílego, y que siguiendo los procedimientos de aquellos tiempos se acordara darle tormento para obtener la confesión del crimen y descubrir los cómplices.

Antes, sin embargo, de recurrir á tan doloroso extremo, el corregidor, llevado de su bondadoso carácter, quiso intentar en una última entrevista el que el reo confesara buenamente lo que más tarde tendría que revelar en las angustias del terrible potro. Para este objeto fué de nuevo conducido Agustín á aquella misma cámara donde tuvo lugar la escena que hemos referido anteriormente.

– Vamos, Romero, le dijo D. Francisco Collado, no os empeñéis en ese relato inverosímil y tened presente que si de buen grado no reveláis cuanto deseamos saber, á la fuerza tendréis que decir la verdad. Sois joven, no parecéis de gran robustez y si tenemos que aplicaros el tormento tal vez quedéis inútil para el resto de vuestra vida.

Intensa palidez indicó la profunda emoción del desgraciado joven, que en vano trató de decir algunas palabras, que no acertó á pronunciar, dejando oir tan sólo un sonido ronco é inarticulado.

– Señor, no puedo decir lo que no sé.

Quedóse el corregidor como asombrado de la firmeza y disimulo del criminal, y extendiendo la mano tomó la campanilla de plata que campeaba en la escribanía y dijo:

– Oidme bien: al sonido de esta campanilla vuestra suerte será irremediable y vuestra desgracia cierta. ¿Persistís en negarlo todo?

– Por Dios, trino y uno y por la salvación de mi alma juro, señor corregidor, que soy inocente. Nada sé y sólo pido á la Virgen de las Angustias me conceda el favor de morir en el tormento para no vivir deshonrado por tan afrentoso castigo.

– Sea, puesto que así lo queréis, murmuró don Francisco, y el argentino sonido de la campanilla se hizo oir durante algunos segundos.

Al oirlo Agustín se puso trémulo, y angustiosos gemidos se escaparon de su pecho. Su situación no podía ser más desesperada: el tormento con toda su horrible crueldad le aguardaba para torturarle, y no cabía esperanza alguna de evitar el terrible trance.

Entraron dos hombres de siniestra catadura que se colocaron á ambos lados del joven por cuyas pálidas mejillas corrían abundantes lágrimas. El corregidor separó el rostro con disgusto é hizo una seña á los ayudantes del verdugo. Uno de ellos cogió de un brazo al reo diciéndole con aspereza:

– Vaya, en marcha.

Romero cerró los ojos y sus labios se agitaron convulsos como si de ellos se escapase ferviente plegaria, mientras los tétricos esbirros le empujaban hacia la puerta de la cámara.

En el mismo instante oyóse rumor de pasos, y la venerable figura de un capuchino, de blanca barba y enérgica mirada, se interpuso entre el reo y sus acompañantes.

– ¡Un momento en nombre de Dios!, exclamó el fraile alzando ambas manos como si quisiera detener á los que salían.

– Padre Salvador, ¿qué es esto?, dijo Collado poniéndose en pie con marcada extrañeza.

– Este hombre es inocente, el autor del robo sacrílego se halla ya ante el Supremo Juez que ha de juzgarnos á todos.

El asombro se pintó en todos los semblantes, y Agustín hubiera caído al suelo sin el apoyo que buscó en el hombro de uno de sus guardianes.

– Explicaos, Padre, dijo el corregidor.

– Un moribundo, cuyo nombre no hace al caso, aunque pudiera revelarlo, pues para ello me autorizó si necesario fuese, me ha entregado para el señor corregidor de Toledo este objeto. Y al propio tiempo el religioso sacó de su amplia manga un tríptico idéntico al que Agustín pretendió vender al viejo Zacarías.

– Ese tríptico es el mío, dijo Romero adelantándose hacia la mesa.

– No, hijo mío, replicó el Padre Salvador; el tuyo, que es indudablemente una copia, sólo tiene una fuerte capa de oro, según reconoció el ojo experto del autor de la sustracción del auténtico, construído con purísimo oro mejicano.

– Además que el vuestro se halla bien guardado en mi poder, añadió el corregidor.

– No entiendo entonces, balbuceó Agustín.

– Pues no es difícil, hijo mío, replicó el fraile. Por hoy no puedo decir sino que el ladrón, entre otras muchas restituciones y encargos, me ha encomendado el rescate del cautivo de Túnez, para lo cual dispongo de una cantidad más que suficiente.

– Hijo mío, dijo entonces el corregidor al joven que, mudo de asombro, no acertaba á decir una palabra; voy á apresurar el momento de vuestra libertad, y quiera Dios tras esta terrible prueba concederos la felicidad como justa recompensa á vuestra inocencia y á vuestra piedad filial.

Y luego, acercándose al Padre Salvador, añadió en tono ligeramente jocoso:

– ¡Buen pájaro de cuenta estaba el Sr. González!..

. . . .

Al día siguiente el cadáver del viejo usurero fué trasladado al campo santo. Tras la negra caja el Padre Salvador y Agustín caminaban con silencioso re-

Banda militar mexicana dirigida por el capitán Payán que concurrió á las fiestas celebradas en Madrid con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América (Fotografía del Sr. Compañy)



Banda de Ingenieros dirigida por el Sr. Juarranz que obtuvo el primer premio del certamen de bandas militares celebrado con motivo del cuarto centenario del descubrimiento de América (Fotografía del Sr. Compañy)

cogimiento. La víctima de la última acción inicua de Zacarías González fué la única persona que respondió á las preces del fraile ante la abierta fosa, demostrando de esta suerte que sabía practicar una de las más sublimes máximas del Evangelio: *El perdón de los enemigos*.

A. Danvila Jaldero

SECCIÓN AMERICANA

EL BARÓN

POR EDGARDO POE

Pestes eram vivus,
moriens tua mors esse.
(Martín Lutero)

I

El odio y la mala voluntad que se tenían las familias de Berlifitzing y de Metzengestein contaba siglos de fecha y se había transmitido de padres á hijos con rigurosa puntualidad, sin sufrir ninguna interrupción en el transcurso de muchas generaciones; como que jamás se vió, antes ni después del suceso que voy á narrar, inquina más arraigada y profunda entre dos casas tan ilustres y poderosas. Ni tampoco faltaban las profecías á esta tradicional malevolencia; pues según rezaba una muy antigua, «caería de una manera terrible y desaparecería para siempre un nombre grande y famoso cuando, del propio modo que el jinete sobre su caballo, la mortalidad de Metzengestein triunfara de la inmortalidad de Berlifitzing.»

Bien es cierto que no resultaba claro ni mucho menos el sentido de la profecía; pero también lo es que de discursos más obscuros é ininteligibles se han sacado (y para demostrarlo no es menester remontarse mucho) consecuencias por todo extremo trascendentales, y acaso y sin acaso más graves y temerosas que las que, andando el tiempo, resultaron de las palabras del profeta húngaro; y ahora encaja decir que así los estados del uno como los del otro de ambos magnates rivales radicaban en Hungría, del propio modo que sus poseedores. Los cuales por haber ejercido largos años omnímoda influencia en los destinos de su patria; por haber sido siempre opuestos sus bandos é intereses; por haber vivido cerca unos de otros á causa de ser vecinos sus castillos y lindantes sus tierras, y estar en toda ocasión vigilándose mutuamente con los ojos fijos los Berlifitzing en los Metzengestein, y disputándose cada día por cuestiones de límites y fronteras que provocaban los vasallos y colonos respectivos, y finalmente porque la ostentación aparatosa y casi regia de los Metzengestein, más ricos y de más antiguo abolengo que los Berlifitzing, no podían ser ni eran tampoco muy ocasionadas á sosegar la irritabilidad extraordinaria de los Berlifitzing, se odiaban de muerte. Basta con estas explicaciones para que á pesar de la nebulosidad de la profecía no cause maravilla el ver que sus conceptos no se desmintieran nunca, desde el principio hasta el fin, sosteniendo encendida la discordia entre ambas familias y predispuestas siempre á todos los excesos; y como las palabras del profeta parecían implicar una señaladísima victoria final de la una sobre la otra casa, naturalmente habían de ser causa de mayores preocupaciones á los individuos de la familia menos rica y poderosa y cuya influencia fuese menor en el país, llenándolos de amargura y de odio contra los de la más fuerte y opulenta.

El conde de Berlifitzing, á pesar de hallarse en posesión de una de las ejecutorias más indescifrables al mejor paleógrafo por razón de su antigüedad, ó lo que es lo mismo, á pesar de su origen esclarecido, apenas si era otra cosa en el momento de comenzar nuestra relación sino un pobre viejo valetudinario, animado de la misma desatentada enemiga contra los Metzengestein que todos sus antepasados, y de una tan invencible pasión por los caballos y la caza, que ni los achaques, ni la flaqueza propia de los años, ni cosa ninguna de cuantas podían ser eficaces á contenerlo, ciertamente que no lo era para impedirle que aborreciese de muerte á sus contrarios ni á que dejara pasar un solo día sin ocuparse algunas horas en tan peligroso ejercicio.

En cambio, el barón Federico de Metzengestein apenas si era mayor de edad; y como sus padres murieron jóvenes aún, se halló á la de diez y ocho años en la plenitud del ejercicio de todos los derechos, inmunidades, prerrogativas y privilegios señoriales.

Cierto es que la edad de diez y ocho años no significa mucho en un mancebo de los que pueblan las ciudades; pero bien será convenir en que ese mismo período de tiempo vivido en la soledad, y en soledad tan espléndida y apacible como lo era la del castillo y estados de Metzengestein, donde hasta la péndola del reloj parecía moverse de una manera más solemne y majestuosa que allí donde todo ruido y agitación tiene su asiento, representa y es en realidad mucho más.

En posesión, pues, del patrimonio de sus mayores al fallecimiento de su padre, se halló ser el barón á tan temprana edad el magnate más poderoso acaso del reino de Hungría. Sus castillos eran innumerables y magníficos; pero el mejor de todos, el de Metzengestein; y aunque los límites de sus dilatados dominios no estaban deslindados con exactitud topográfica, podía muy bien asegurarse que la extensión del parque principal sería de hasta cincuenta kilómetros cuadrados.

El advenimiento de un propietario tan joven y de las condiciones de carácter del barón al ejercicio de la soberanía señorial y al usufructo de las pingües rentas anejas á ella en la casa de los Metzengestein, causó cierta inquietud en los habitantes de muchas leguas á la redonda; pero las inquietudes y recelos vagos de sus vecinos se tornaron en triste realidad cuando, á poco de haber heredado Federico, sus vergonzosas orgías, sus perfidias y sus inauditas maldades hicieron comprender á todos y más principalmente á sus tímidos y acongojados vasallos que nada sería eficaz, ni la sumisión servil de su parte, ni el temor de Dios de parte del barón, á protegerlos de los desmanes y perversidades de aquel Calígula incipiente.

II

Así las cosas, viéronse sorprendidos del fuego una noche los lacayos y palafreneros del castillo de Berlifitzing. El incendio comenzó en las caballerizas; pero con tanta violencia, que desde los primeros momentos comprendieron todos la imposibilidad en que se hallaban de dominar su estrago. En efecto, de allí á poco el castillo de Berlifitzing apareció iluminado de las llamas que le rodeaban por los cuatro ángulos, destacándose los detalles de su arquitectura sobre el fondo negro del cielo á la luz rojiza del incendio. Pero en el mismo punto que lo vieron arder, cuantos fueron testigos del suceso y después cuantos tuvieron noticia de él, franca ó embozadamente, lo atribuyeron á las artes del barón, añadiendo la opinión pública el crimen de incendiario al ya largo catálogo de los que le achacaba.

Entretanto y mientras el tumulto producido por el incendio del castillo de los Berlifitzing crecía y cundía por aquellos contornos poniendo en alarma también á la numerosa servidumbre del de Metzengestein, hallábase Federico aparentemente abismado en profundas meditaciones en una cámara solitaria del piso principal de su palacio. Apoyada la barba en una mano y el codo en una mesa cubierta de rico tapete y sentado en una silla de respaldo prominente, paseaba el barón la mirada distraída por las figuras de un enorme tapiz, descolorido del tiempo, que pendía del lienzo de pared frontero á su asiento. Había reunido el artista en aquella obra maestra las figuras bizarras, fantásticas ó majestuosas de los antepasados del barón. veíanse sacerdotes vestidos de armiño y dignatarios de la corte pontificia rodeando el solio de un Papa y oponiéndose acaso con su *veto* á los caprichos de un príncipe temporal ó con el *fiat* de la supremacía religiosa á las invasiones del Gran enemigo, príncipe de las tinieblas, y figuras tétricas y gigantescas de otros señores de Metzengestein, armados de punta en blanco, montados en sendos caballos, cubiertos también de hierro y marchando por sobre cadáveres de vencidos, y todo esto alternado de graciosos grupos de mujeres blancas como cisnes, hermosas y esbeltas, que parecían flotar en el ambiente, danzando asidas de las manos á los acordes de melodías imaginarias.

Y es el caso que mientras iba subiendo de punto el tumulto producido por el incendio del castillo de Berlifitzing, y que quizás meditaba el barón alguna nueva y más audaz iniquidad, se fijaron sus ojos en la figura de un caballo enorme de los que campeaban en el tapiz, de color desconocido en la naturaleza, que parecía pertenecer á uno de los antepasados sarracenos de la familia de su rival. Este caballo estaba en primer término entre las figuras principales del cuadro, y el artista lo había representado inmóvil, y un poco detrás de él á su jinete, caído en tierra y muriendo á manos de un Metzengestein.

Federico sonrió con diabólica malicia cuando cayó en la cuenta del objeto en que se fijaban sus ojos involuntariamente, y aunque mirando aquel caballo fantástico comenzó á sentir una manera de ansiedad terrible que difundía en todo su ser el frío de la muerte, no apartó la vista de él. Le parecía soñar; y como al propio tiempo tenía la evidencia de ser realidad lo que creía ver soñando, el choque de ambas contrarias sensaciones lo anonadaba, quitándole la facultad de arrancarse por sí mismo al arrobamiento que le producía la contemplación de aquel tapiz. Pero subió tanto de punto el tumulto exterior y fué tanta su violencia, que al fin hizo un esfuerzo, apartó la vista del cuadro y la fijó en el resplandor que arrojaba el incendio del castillo de Berlifitzing, y que al penetrar por las vidrieras de su cámara en ondas rojizas parecía comunicar vida y movimiento á las figuras del tejido. Poco duró su distracción, volviendo al cabo de algunos instantes á concentrarse y abstraerse de nuevo en el tapiz. Mas ¡cuán grande no fué su asombro entonces al advertir que la cabeza del caballo había cambiado de postura; como que el cuello del gigantesco animal que antes se veía vuelto en dirección del cuerpo de su amo, ahora estaba extendido hacia el barón; que sus ojos brillaban como carbunclos, expresando cuanta ira pueden expresar ojos humanos, y que sus labios desmesuradamente levantados, dejando al descubierto dos hileras de largos, amarillentos y asquerosos dientes, imprimían á su cabeza un sello de ferocidad medrosa y espantable.

Aterrado el barón se apartó de allí, y al dirigirse con paso vacilante hacia la puerta, la intensidad del incendio iluminaba la cámara con luz siniestra. Detúvose y se volvió para mirar de nuevo la tapicería, y en aquel punto, ¡cosa singular!, un reflejo rojizo bañó por completo é iluminó artísticamente todo el contorno del implacable asesino de Berlifitzing. Lo demás del cuadro, aunque visible al fulgor de las llamas, comparado con la luz que inundaba la figura del antepasado del barón, parecía envuelto en densa veladura.

Traducido por Juderías Bénder

(Continuará)

INDUSTRIALES

Hace algunos años, bajando una noche por la calle de la Visitación, en la villa y corte, salióme al paso, destacándose del umbral de una puerta, un hombre alto, de barba, vestido de levita, á pesar del frío que hacía, y cubierto con sombrero de copa.

Por la hora, por la actitud del individuo, comprendí que se trataba de *un desgraciado padre de familia*, efectivo ó supuesto; es decir, de un hombre verdaderamente necesitado ó de un *punto pesetero*, y aun se me ocurrió si el que así me abordaba sería un *amable caballero*, dispuesto á acompañarme á una de esas *casas de confianza* en la que, sobre mugrienta bayeta, de color indefinible, se tira el pego con una limpieza que para sí querría el famosísimo míster Hume.

Acercóseme, como digo, el hombre, y pude advertir que bajo del brazo tenía un paquete de regulares dimensiones.

– Caballero, me dijo, soy un padre, etc. Las necesidades y vicisitudes..., aquí el consabido discurso de cinco minutos de duración.

Como el frío molestaba bastante, cortéle la perorata diciéndole:

– Bueno; usted pide un socorro...

No quise ofender su levita y *chistera* usando la palabra limosna.

– No, señor, replicó interrumpiéndome, quería venderle á usted este diccionario ¡:..! de Valbuena, latino y castellano y viceversa, última edición, en pasta.

– ¡Hombre, la hora y el sitio me parecen oportunísimos!

– Ya ve usted, caballero, las vicisitudes... Yo no sirvo para pedir limosna...

– Pues yo no necesito *diccionario;* sin embargo, ahí tiene usted algo.

Y le dí una moneda, continuando mi camino; entretanto él murmuraba algunas frases de agradecimiento.

Unos ocho días después pasaba yo por la misma calle y á la misma hora, y... pero hago al lector gracia de una repetición.

Mi hombre, es decir, el de la levita y el sombrero de copa, me salió al paso... ofreciéndome su *diccionario*.

Y otros ocho días más tarde, en iguales circunstancias, otra vez me *atacó* con el *Valbuena, última edición, en pasta*.

De modo que, teniendo yo que pasar á menudo por la calle de la Visitación, en los días sucesivos cambié de itinerario porque estaba temiendo que concluía por comprar el libro á su ingenioso propietario.

* * *

Doña Rita era una viuda, relativamente joven, que vivía hace pocos años con una amiga suya de la mis-

ma edad. Para ayudarse á vivir, pues la pensión de que disfrutaba era corta, utilizaba las buenas relaciones que de su difunto esposo le habían quedado y solicitaba trabajo en costura. Porque, como ella decía, soportaba con mucha dignidad las estrecheces de su amarga viudez.

Yo, su amigo en otros tiempos, fuí uno de los que, á su instancia, recomendé á familias amigas mías que dispensaran á doña Rosa la protección de proporcionarle trabajo, y en una ocasión tuve que ir á avisarla para que se presentase en una casa á recoger obra.

Mi viuda, quiero decir, la viuda de su marido, mostróse muy agradecida á mis buenos servicios. ¡Quién se lo había de decir! ¡Trabajar para fuera! Pero eso no es deshonra. Y con tal motivo pasó de las lamentaciones á las historias antiguas, y por último, cuando quise despedirme doña Rosa me detuvo un momento.



El kanguro pugilista que actualmente se exhibe en el Westminster Aquarium, de Londres

– Aún tengo que molestarle á usted más, me dijo.

– Señora, usted nunca me molesta.

Y dirigiéndose al cajón de una cómoda sacó un papel, me lo puso delante y se explicó así:

– Mire usted, aún hay desgracias mayores que tener que trabajar para fuera.

– Ya lo creo.

– Nosotras, y al decir *nosotras* indicaba á su amiga, también presente, protegemos en lo que podemos á una pobre familia, una señora viuda con seis hijos, dos enfermos; pero como podemos poco, hemos abierto una suscripción entre nuestros amigos para socorrer esa miseria. Y usted será tan amable...

Miré la lista y vi en ella inscritos, y con regulares cantidades, en las primeras líneas, algunos nombres de personas distinguidas: saqué cinco pesetas, las entregué á doña Rosa y ésta me dió las gracias muy fina, muy agradecida.

No pasó mucho tiempo y supe por un amigo mío, conocido también de la viuda y contribuyente como yo á la suscripción, que ésta era una estratagema de doña Rosa para sacar unos cuantos duros á los que la visitaban alguna vez; que aquellos nombres distinguidos de la lista los ponía ella para engañar mejor, y que la familia necesitada se reducía á un par de puntos que vivían con ella y con la amiga.

Que así procuraba mi antigua conocida soportar las estrecheces de su amarga viudez.

***

El tercer caso que voy á referir es *histórico,* como los anteriores. Crean ustedes que nada pone mi imaginación en su relato en cuanto á lo sucedido.

Muchas noches solíamos reunirnos en el café del Siglo unos cuantos amigos, la mayoría conterráneos, y en el grupo figuraba un muchacho simpático, decidor, buen chico en toda la extensión de la palabra. Nosotros le habíamos puesto por mote *filántropo,* porque, en efecto, no podía ver una miseria ó una desgracia sin prestar socorro ó auxilio. Así se lo habíamos oído muchas veces, y así lo teníamos creído.

Apenas pasaba semana que al buen *filántropo* no le endosasen un par de docenas de rifas de un reloj, una máquina de coser ó una *Historia de España,* de Lafuente. Y ¡claro! llegaba á la tertulia del café, y allí, entre unos y otros, éste dos, aquél cuatro y uno el de más allá, le aliviábamos la carga y él se quedaba con un par de rifas.

Los objetos de éstas pertenecían ó á un pobre escribiente de su oficina, ó á un vecino de las alturas de su casa, ó cosa por el estilo. La verdad es que como el muchacho era simpático, le tomábamos las rifas con gusto, hasta cierto punto. Con el gusto con que se suelta dinero para esas cosas.

Y después de haber hecho esto muchas veces, llegamos á saber que no había tales rifas, ni éstas representaban otra cosa que un medio puesto en práctica por el *filántropo* para *tomarnos* unas pesetillas de vez en cuando.

***

No presumo de conocer todas las clases de *industriales* no agremiados ni matriculados, ni quiero incluir entre éstos los *espadistas,* ni siquiera aquellos que acometen al amigo diciendo: «Casualmente ¿llevas ahí tanto ó cuanto?,» ni los otros que le acompañan á uno al comercio á comprar una corbata ó unos guantes, por ejemplo, y dejan que *el uno* lo pague pues ya abonarán después.

Esos son *incidentes,* es decir, casos que ocurren en

BOCETO DEL MONUMENTO QUE HA DE ERIGIRSE EN TURÍN Á LA MEMORIA DEL PRÍNCIPE AMADEO, obra de David Calandra, premiada en el concurso



LA HUÍDA Á EGIPTO. DESCANSO EN EL CAMINO, cuadro de H. Prell



LA INSCRIPCIÓN EN EL REGISTRO BAUTISMAL, cuadro de D. Salvador Viniegra (Exposición internacional de Bellas Artes de Munich, 1892)

cierto modo con espontaneidad. Los otros, los industriales á quienes me refiero, son los que estudian ó *planean* y luego ejercitan su proyecto durante mucho tiempo, durante todo el tiempo que hay *clientes*.

Y de tal clase hay varios de entre los que he querido ofrecer al lector tres *variedades*, cuya existencia garantizo por conocimiento directo.

AURELIANO J. PEREIRA

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – El pintor de historia Arturo Kampf está pintando por encargo de un entusiasta aficionado á las bellas artes y con destino al Museo de pinturas de Dusseldorf un cuadro de grandes dimensiones que representa á Federico el Grande postrado en el lecho por grave enfermedad dictando órdenes á sus generales. Este lienzo, próximo á terminarse, promete ser una de las mejores obras de su ilustre autor, por la manera como están tratados, así las figuras como el lugar de la escena.

– El escultor berlinés profesor L. Sussmann-Hellborn ha regalado recientemente á la ciudad de Berlín un grupo en mármol con figuras de tamaño natural, que representa la poesía lírica y el canto popular. Accediendo á los deseos del generoso artista, este grupo será colocado en los jardines de la plaza de Lutzow.

– El gobierno imperial de Alemania ha concedido una subvención de 125.000 pesetas para que el arte alemán pueda estar dignamente representado en la Exposición Universal de Chicago.

– En el Museo Wallraf-Richartz de Colonia está expuesto actualmente un hermoso cuadro de Cornelis de Vos que el señor Aldenhoven, director de aquel museo, encontró arrinconado y en un estado lamentable en un desván del mismo. El lienzo, que ha sido hábilmente restaurado por el pintor berlinés Hauser, representa sobre un fondo de rica arquitectura holandesa del Renacimiento un grupo de familia, compuesto de siete personas, cuyas figuras llaman la atención por su elegancia y por la belleza de los colores.

– En la iglesia de la aldea wurtemberguesa de Burgfelden se han descubierto varias pinturas murales en extremo interesantes: datan del siglo XI y representan en animadas escenas el Juicio final, la lucha de San Jorge con el dragón, un combate de caballería en un bosque, etc.

– Se ha inaugurado en Roma un hermoso monumento á Quintino Sella, el gran estadista italiano: la estatua se alza sobre un esbelto pedestal en el que un grupo simboliza la Ley y el genio de la Hacienda. Las estatuas son de bronce y el basamento de granito. El monumento es obra del célebre escultor Héctor Ferrari.

– El profesor Brandt, de Bruselas, ha descubierto un cuadro de Pedro Pourbus (1510-1583), el famoso retratista flamenco: representa al primer obispo de Brujas, Pedro Curtius (Pieter de Corte), y su autenticidad está fuera de toda duda, según se desprende por las largas investigaciones del conocido artista á quien se debe tan importante hallazgo.

– La Exposición de la Asociación de Artistas berlineses ha conseguido, en el poco tiempo que ha transcurrido desde su reapertura, llamar la atención creciente del público. Después de haber expuesto una porción de obras maestras del certamen acuarelista de Dresde, entre ellas las de Brown, Stevenson y Boutet de Monvel, hay en ella actualmente 55 cuadros y estudios del pintor noruego Eduardo Munch, que han sido muy admirados, pero también muy discutidos. Munch es uno de los más atrevidos impresionistas modernos, enemigos de toda tradición en materia de Bellas Artes, y de aquí la contradicción que en sus creaciones existe. En efecto, al lado de bocetos y estudios, en los cuales apenas se descubren las líneas y los tonos de los objetos, envueltos todos en una luz indecisa, tiene figuras, retratos, paisajes, perspectivas de calles y cuadros de género que revelan un vigor extraordinario en la línea y una rara maestría en el colorido. Esta Exposición ha recrudecido en Berlín la contienda entre los tradicionalistas y los adalides de la llamada pintura al aire libre, que ya se había manifestado allí como en Dusseldorf y en Munich y que tantas escisiones ha producido en la familia artística de todos los países.

Teatros. – El maestro berlinés Weingarter ha retirado su ópera *Genesius*, de la que nos ocupamos en una de nuestras anteriores misceláneas, para modificar algunas piezas de la misma.

– En el teatro de la Ciudad, de Gratz, se ha estrenado con gran éxito una ópera de Zois, titulada *Los venecianos*.

– En el teatro Lessing, de Berlín, ha inaugurado sus funciones de la temporada la compañía de Eleonora Duse con *La dama de las camelias*, en la que la eminente actriz obtuvo una ovación extraordinaria.

– En el teatro Constanzi, de Roma, se prepara una función de beneficencia, en la que se pondrá en escena *La muerte civil*, desempeñada por la Marini, Salvini, Novelli y Zacconi.

– Ermete Novelli sigue consiguiendo triunfo tras triunfo en el teatro Sannazzaro, de Nápoles: hace pocas noches, durante la representación de la tragedia de Shakespeare *Sylor*, recibió un telegrama anunciándole que el rey Humberto le había nombrado comendador de la orden de la Corona de Italia. Al enterarse de esta noticia, el público le tributó una ruidosa ovación y sus admiradores improvisaron en su honor una brillante serenata.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Libre un drama en cuatro actos y en prosa de F. Curel, titulado *Les Fossiles*, de argumento interesante y magistralmente desarrollado; en el Palais Royal una graciosísima comedia en tres actos de Jorge Feydeau y Mauricio Hennequin, *Le Systeme Ribadier;* en Chateau-d'-Eau una opereta en tres actos y cuatro cuadros, letra de M. Hugo, música de M. Fock, titulada *Madame Nicolet;* su argumento, casi histórico y muy gracioso, interesa, y la partitura contiene muchos y muy agradables números; en Menus Plaisirs, una opereta cómica en tres actos, de F. Oswal y M. Bucheron, música de E. Missa y Pietrapertosa, titulada *Mariage galant.*

Londres. – Con la representación de las óperas de Mascagni *El amigo Fritz* y *Cavalleria rusticana* ha terminado en Covent Garden la temporada de otoño que ha durado siete semanas, en las que se han puesto en escena las trece óperas siguientes: *Tristán é Isolda* (en alemán), *Aida*, *Lohengrin*, *Trovador*, *Faust*, *Carmen*, *El barbero de Sevilla*, *Don Giovanni*, *Filemón y Baucis*, *Rigoletto*, *Orfeo* y las dos citadas de Mascagni.

Madrid. – En el teatro Real se ha cantado con mediano éxito la ópera de Leoncavallo *I Pagliacii*: el argumento, basado en *Un drama nuevo*, es interesante y está bien desarrollado; entre los números musicales descuellan el prólogo, el coro de las campanas, dos dúos de tiple y barítono, una canción de tiple, el final del primer acto y la serenata y la escena de la comedia del segundo. Obtuvieron muchos aplausos la Tetrazzini, De Marchi, Menotti y Cioni y el maestro Campanini. En la Comedia se ha estrenado con grandísimo éxito una comedia en tres actos de D. José Echegaray, titulada *Mariana:* argumento interesantísimo y admirablemente desarrollado, caracteres perfectamente trazados, escenas de gran efecto, abundancia de pensamientos hermosos, tales son las cualidades salientes de la última obra, escrita en bellísima prosa, del gran dramaturgo. En Lara han sido muy aplaudidas las nuevas producciones *Los hijos de Elena*, graciosísima comedia en dos actos de D. Miguel Echegaray, y *La casa del duelo*, chistoso sainete en un acto del Sr. Monasterio. En Novedades ha tenido buen éxito un melodrama lírico-fantástico, en un prólogo y tres actos, de D. Palomino Guzmán, música de Mangiagalli, titulado *Los hijos de Haraldo.* En Eslava ha sido muy aplaudida la parodia en un acto de la ópera *Garín*, que con el título de *Guasín* ha escrito D. Salvador Granés adaptándole fragmentos de música de varias óperas y zarzuelas, entre ellas la misma parodiada.

Barcelona. – En el Liceo se ha reproducido la bella partitura de Bretón *Gli amanti di Teruel*, en cuyas representaciones han conseguido ovaciones entusiastas la señora Arkel, el Sr. Valero y el maestro Mugnone y merecidos aplausos la señora Fabri y los Sres. Visconti y Ughetto. En el Principal se han verificado los beneficios de los Sres. Jiménez y Díaz, á quienes el público colmó de aplausos. En Romea se ha estrenado con regular éxito la comedia en tres actos del Sr. Bordas *Lo mohiment continuo*, de argumento sencillo, con algunas escenas graciosas y chistes de buena ley. En Novedades ha sido muy aplaudido el nuevo melodrama en siete actos, arreglo del francés, titulado *Jaime Durand.* En el Tívoli se ha estrenado con gran éxito *El testamento azul*, letra de D. Rafael M. Liern, música de los maestros Barbieri, Oudrid y Acebes. En el Eldorado han sido muy aplaudidas las zarzuelas en un acto *Retolondrón*, arreglo del francés por el Sr. Pina y Domínguez, música de Valverde (padre), y *Guerra europea*, revista de D. Angel Segovia, música de Mateos.

Necrología.—Han fallecido recientemente:

Federico Booch Arkossy, notable lexicógrafo alemán, autor de varias gramáticas y diccionarios de idiomas extranjeros.

Guillermo Guizot, hijo del famoso ministro de Luis Felipe, profesor de las Literaturas de origen germánico en el Colegio de Francia.

Rainer Henseler, profesor de la Real Academia de Música de Londres, de origen alemán.

Mr. Mathieu Williams, reputado escritor inglés, autor de varios trabajos y libros científicos y filosóficos, entre los cuales sobresale su obra *El combustible del sol.*

S. Pacoret di Saint-Bon, almirante de la armada italiana, ministro de Marina y distinguido literato.

El príncipe Cayetano Filangeri, fundador de un museo de su nombre en Nápoles, que cedió á su patria, notable erudito y artista.

Luis Amabile, célebre cirujano é historiador napolitano: sus obras más importantes son la *Vida del fraile Tomás Campanella* y una narración con muchos documentos inéditos sobre la Inquisición de Nápoles.

Alfonso Corradi, profesor de la universidad de Pavía, doctor honorario de la de Cambridge, literato, historiador y autor de importantes obras de historia de la Medicina en Italia.

Pedro Galland, notable pintor francés, autor de las hermosas pinturas del Hotel-de-Ville, de París, que representan la *Historia del trabajo*, y de centenares de pinturas decorativas de muchos edificios públicos y privados no sólo de París y de Europa sino que también de América.

NUESTROS GRABADOS

Madonna, cuadro de T. Grosse. – Muchos son los pintores que han reproducido en el lienzo la poética imagen de la Santísima Virgen, pero pocos relativamente han sabido infundir en la figura por ellos trazada esa belleza mística, dulce, celestial con que nuestra mente se imagina á la Divina Madre del Salvador. Entre esos pocos bien puede incluirse á Grosse cuya *Madonna* nos presenta á María tal como la fe nos la hace concebir, tal como la Salve nos la retrata al invocarla como Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra.

Fernando de Lesseps. – En el número 571 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y á propósito de la agitación producida en Francia por la cuestión del Canal de Panamá, expusimos el concepto que nos merece este ilustre anciano, que después de haber dado tanta gloria y tantas riquezas á su patria se ve hoy envuelto en procesos é informaciones por el solo delito de haber visto fracasado el proyecto de apertura del istmo americano: sí, por este solo delito, porque si la empresa hubiese prosperado nadie se acordaría de los millones repartidos entre políticos y periodistas, como nadie se acordó de los que en comprar ó pagar á unos y á otros se emplearon para asegurar el éxito del Canal de Suez. Nada añadiremos á lo que dijimos, ni siquiera publicaremos dato biográfico alguno del sabio ingeniero: hay nombres que por sí solos valen una biografía, y el de Fernando de Lesseps es uno de ellos y de los más importantes.

Maximiliano de Alemania pidiendo su mano de esposa á la princesa María de Borgoña. cuadro de León Reiffenstein. – Diez y ocho años contaba el entonces príncipe Maximiliano cuando en 1747 casó con la hermosa hija de Carlos el Temerario, adquiriendo por este enlace para su casa los vastos dominios borgoñeses que no tardó en disputarle el rey de Francia Luis XI, produciéndose por esta causa larga y sangrienta guerra. El pintor austriaco Reiffenstein al reproducir el acto de demanda en matrimonio del joven príncipe lo ha hecho en una hermosa composición, cada una de cuyas figuras constituye por sí sola un cuadro: tanta es su expresión y tan bien han sido todas ejecutadas por el artista, que en su obra ha atendido no sólo al conjunto sino también á los menores detalles.

Las bandas militares mexicana y de ingenieros. – Entre las pruebas de afecto que con motivo de las recientes fiestas del Centenario ha recibido España de las Repúblicas americanas, que en un día fueron hijas suyas, no es el menos digno de agradecimiento el de haber enviado á la banda mexicana que tantas ovaciones ha obtenido en cuantos festejos ha tomado parte, que han sido casi todos los celebrados en la corte. Digna compañera de la americana es la banda de Ingenieros que goza en España de tradicional y merecida fama. Numerosas ambas, ambas compuestas de consumados músicos honran á los cuerpos de que forman parte, y de los continuos triunfos por ellas alcanzados pueden con razón enorgullecerse sus directores el capitán Payán y el maestro Juarranz respectivamente.

El kanguro pugilista.—Actualmente se exhibe en el Westminster Aquarium, de Londres, un kanguro adiestrado por el profesor Landermann, que boxea como el más consumado pugilista, aunque alguna vez mete la pata, como vulgarmente se dice. Es oriundo de Australia, tiene mucha fuerza, y lejos de disgustarle la exhibición muéstrase muy contento en cuanto ve que le ponen los guantes y otros adornos, que indican que va á comenzar el espectáculo: cuando se le excita se incomoda y suelta alguna manotada, pero por lo demás es un pugilista cumplido, y su profesor espera que con el tiempo perderá los pocos resabios que todavía le quedan de su vida salvaje.

Monumento al príncipe Amadeo de Saboya, boceto de David Calandra. – En nuestras *Misceláneas* hemos dado oportunamente cuenta del concurso abierto en Turín para el monumento que ha de erigirse en aquella ciudad á la memoria del noble y malogrado príncipe Amadeo de Saboya, ex rey de España. El proyecto definitivamente admitido es el del joven escultor turinés Calandra, que también obtuvo el premio en el concurso para el monumento de Garibaldi, en Parma: representa á Amadeo en el acto de desnudar la espada en Monte Croce; el caballo se lanza á galope, y alrededor del pedestal en cuyo frente se ve el águila de Saboya hay una fantástica cabalgata de los Sabaudios desde los condes de Mariani hasta Víctor Manuel. El efecto de este boceto es grandioso y coloca á su autor, muy conocido ya por otras obras de gran mérito, entre los primeros artistas de su patria.

La huída á Egipto, cuadro de H. Prell. – Huyendo de las persecuciones de Herodes, la Sagrada Familia encaminóse á Egipto, de donde había de salir al poco tiempo el Divino Jesús predicando á las gentes las hermosas y consoladoras doctrinas del Cristianismo. Durante el camino los santos esposos hubieron de experimentar zozobras sin cuento, temiendo á cada punto verse alcanzados por los perseguidores que, para evitar lo que por decreto de Dios era inevitable, degollaban á inocentes criaturas, por si entre ellas existía el Mesías por los profetas anunciado. El pintor Prell nos presenta un episodio de esa penosa peregrinación por medio de tres figuras de factura y expresión admirables, cuyas bellezas realza el paisaje y sobre todo el corpulento tronco del árbol añoso bajo el cual se cobijaron los santos caminantes.

La inscripción en el registro bautismal, cuadro de D. Salvador Viniegra. – Es Viniegra de los artistas españoles que mejor han conservado la tradición de nuestros grandes maestros, huyendo por completo de ese género que hoy algunos pretenden hacer prevalecer, y rindiendo culto á la forma y al color sin pujos efectistas, pero también sin nebulosas vaguedades. Aunque ha dado pruebas de grandísimo talento desarrollando asuntos en extremo variados, su especialidad son las costumbres españolas, sobre todo de principios de este siglo, produciendo en ella bellísimas obras por todos admiradas: muchas de ellas son ya conocidas de nuestros suscriptores, y la que hoy reproducimos, en la que se advierten las mismas relevantes cualidades que otras veces hemos ensalzado en el señor Viniegra y que llamó la atención en la última Exposición internacional de Bellas Artes de Munich, merece figurar entre las más notables que ha pintado el autor de *La bendición de los campos.*

Excmo. Sr. D. Cástulo Ferrer. – Pertenece D. Cástulo Ferrer á esa falange de catalanes que siempre han dado pruebas de la energía, laboriosidad y honradez distintivas de los hijos del Principado, y que buscando mayores horizontes á su actividad se han establecido en nuestras posesiones ultramarinas. Casi adolescente marchó á la isla de Cuba, y tras penoso aprendizaje y no pocas privaciones vió premiados sus esfuerzos y sus aptitudes mercantiles por sus superiores, que nombrándole regente de su casa le aseguraron una participación en los beneficios de la misma. En 1868 emprendió, por razones de salud, un viaje á Europa; pero sorprendióle en el camino la noticia de haber estallado la guerra separatista y regresó inmediatamente á Cuba y puso su persona y su hacienda al servicio de su patria, organizando la compañía de *Guías del general Latorre*, de la que fué capitán. A las órdenes de este general entró en campaña en 1869, figurando en muchas é importantes acciones de guerra. En 1870 su compañía ingresó en el batallón de *Voluntarios de Cuba*, del que fué el Sr. Ferrer comandante, luego teniente coronel y en 1878 coronel. Elegido diputado provincial en 1879, fué nombrado en 1881 vicepresidente de la Diputación de Santiago de Cuba, cargo en que ha sido reelegido tres veces: hoy es presidente de aquella corporación. Desde 1872 forma parte de la Junta de Instrucción pública y de la Junta del Puerto, de la que es presidente. En premio de sus servicios durante la guerra ha sido honrado con la cruz de don Amadeo, de Alfonso XII, de Carlos III, del Mérito militar blanca, gran cruz de Isabel la Católica y declarado tres veces benemérito de la patria por servicios prestados en la lucha separatista, en la expedición á México y en la guerra de Santo Domingo. Actualmente se halla en España para gestionar asuntos importantes de ferrocarriles, que han de dar gran impulso á la riqueza del departamento oriental de la isla, y á proponer las bases de la inmigración directa que tanto ha de servir para el fomento de la agricultura y de la industria minera, principal elemento del bienestar y grandeza de aquella región. El señor Ferrer está dotado de claro talento y voluntad de hierro, y ha demostrado ser valeroso militar, sagaz político y administrador celoso de los intereses de la provincia, cualidades que unidas á su gran patriotismo han hecho que todos los gobiernos de la metrópoli le consideraran como uno de los más valiosos y fieles guardadores de los intereses de España allende el Océano. Dueño y director de grandes y riquísimas minas de hierro, ha contribuído con su explotación al aumento y desarrollo de la riqueza pública en Santiago de Cuba, á la cual ha dotado además, como presidente de la Diputación, de vías de comunicación, hospitales y de todo cuanto puede redundar en bien del país.



Ana, inclinada sobre el hogar, soplaba...

EN ALTA MAR, POR CORDELIA

Al volver Luis á su casa, arrojó con enfado en un rincón del zaguán los aperos de labranza que llevaba á cuestas, se enjugó el sudor y entró en la ahumada cocina.

Ana, que inclinada sobre el hogar soplaba con toda la fuerza de sus pulmones para encender algunas virutas y sarmientos amontonados en él, apenas vió entrar á su marido se levantó, preguntándole:

– ¿Qué te ha dicho el amo?

Luis se encogió de hombros con ademán de impaciencia y contestó:

– Que no quiere hacer gastos, y nada más.

– ¿Y nosotros?

– Si esto sigue así nos moriremos de hambre. Yo sudo y me afano en el campo, pero las piedras no dan pan.

– ¿Ni siquiera quiere comprar un poco de estiércol?

– Nada, nada; dice que sus tierras no le producen nada, que paga la contribución y que aún debemos darle las gracias porque la renta es para nosotros.

Ana dió un gran suspiro y preguntó:

– ¿Le has hablado de la vieja?

– Sí, pero se ha encogido de hombros diciendo que si ha de venir al campo para oir siempre quejas, lamentos y desgracias, no volverá.

Al decir esto, se sentó junto á la mesa, mientras Ana seguía haciendo la polenta que con aquel fuego medio apagado tardaba en cocerse.

La pobre mujer tenía un nudo en la garganta pensando en el porvenir que la esperaba; habíase desvanecido su última esperanza de que el amo hiciese algún gasto para mejorar el terreno pobre y esterilizado que no producía nada; pensaba en sus hijos, Enrique de diez años y Elena de cinco, que crecían desmedrados porque se alimentaban mal, y en la anciana madre de Luis, víctima de la pelagra, siempre acurrucada en un rincón de la casa sufriendo agudos dolores porque nadie podía auxiliarla.

– Dadle alimentos sanos y nutritivos, había dicho el médico la última vez que la visitó.

– ¡Alimentos sanos y nutritivos!, pensaba Ana. Eso era muy bueno para dicho; pero ¿cómo podían hacerlo con la maldición que parecía haber caído sobre aquella casa? Los campos no producían nada, el maíz era escaso y malo, y la poca uva que no destruía la filoxera se perdía á causa de los temporales; era una verdadera desesperación.

Cuando se casaron, las cosas iban de muy distinto modo; de suerte que Ana jamás hubiera creído llegar á tanta miseria. Entonces la tierra daba al menos para vivir, no tenían hijos, y la anciana, que gozaba de salud, se ingeniaba para ganar algo.

Llegaron luego los años malos, y el amo, enfadado porque disminuían las rentas, se negaba en absoluto á hacer gastos.

Iban, pues, de mal en peor, viendo de día en día aumentar la miseria y no sabiendo cómo acabaría.

Pensando en todo esto, Ana echó la polenta en una sopera, llamó á sus hijos que estaban fuera de la casa cogiendo grillos y á la anciana que se se quejaba en un rincón.

– ¡Ea! Venid á comer, dijo, poniendo en la mesa una cazuela llena de verdura, aderezada con un poco de ajo y tocino.

Los niños no se lo hicieron repetir, corrieron á sentarse á la mesa, recibieron su parte de polenta y la mezclaron con la verdura, comiéndola con voraz apetito.

La anciana no se movió, y cuando todos hubieron comido, Ana la llevó su ración, que aquélla hizo desaparecer sin dejar de quejarse.

La infeliz vieja, que había sido una mujer fuerte y robusta, era á la sazón una momia, pues su mal no le dejaba un momento de tregua; á veces pasaba horas enteras con los ojos fijos y extraviados, lamentándose; otras veces, con el rostro desencajado, desvariaba, quería morirse, gritaba como una loca y amenazaba á los dos niños con los puños y los dientes apretados.

Los niños tenían miedo de aquellos accesos y echaban á correr al campo.

En tales momentos, Ana y Luis la encerraban para dejar que se desahogara, pero aquella enfermedad era una maldición y una amenaza para todos. El médico les había dicho muchas veces que tenía por causa el alimento malo é insuficiente; pero la familia se veía obligada á comer de aquel modo y aun peor, y todos temían que les tocase, andando el tiempo, la misma suerte.

Luis, desanimado, abatido, decía que no podía pasar su vida sudando sobre una tierra estéril que ni siquiera producía lo bastante para mantener á la familia, y amenazaba con tomar el día menos pensado la resolución de marcharse tan lejos que nadie volviera á saber de él.

Ana temblaba al oir tales amenazas y procuraba infundirle un ánimo que ella misma no tenía ya. Por espacio de mucho tiempo alimentó alguna ilusión que le había sostenido; precisamente en aquellos momentos le habían regalado un poco de simiente de gusanos de seda, y en esta pequeña cosecha fundaba grandes esperanzas. Había conseguido que nacieran los gusanos y los cuidaba como hijos.

– Ya verás, decía á Luis, ya verás cómo ganamos algún dinero, y con él podremos tirar todavía este año; luego algún santo nos protegerá. Tengamos esperanza.

Los gusanos crecían bastante bien y ella deshojaba las pocas moreras que había en sus campos para alimentarlos, no perdonaba fatiga para cuidarlos, estaba en pie todo el día para tenerlos limpios y de noche se levantaba para darles de comer hojas frescas y ver si el cuarto estaba bien caldeado.

En tanto los gusanos crecían á ojos vistas y eran cada vez más voraces, tanto que llegó un día en que Ana se encontró sin hojas y sin dinero para darles el el necesario sustento.

Estaba desesperada. Los gusanos prometían tanto que no podía dejarlos morir de hambre, y pedía á los vecinos por limosna una rama de morera; pero éstos tenían también sus gusanos que mantener y no podían privarse de ella, evitando así que por la caridad les entrase la peste.

¿Qué hacer? La estación era buena y cálida, y por eso Ana vendió las mantas de la cama para comprar la hoja que necesitaba.

Los gusanos habían pasado ya por su tercer sueño y comían á más y mejor; las hojas desaparecían en sus bocas voraces.

Ana, pensando en que pronto tendría la compensación de sus afanes, estaba contenta de los sacrificios hechos, viendo que crecían perfectamente; y estaban á punto de terminar sus capullos, cuando una mañana notó que muchos de ellos se hallaban secos, rígidos, y los vió tendidos sin vida y convertidos en gusanos blancos como yeso que se deshacían en polvo al tocarlos.

La terrible enfermedad del gusano de seda había penetrado en su hogar y diezmado los que tenía.

Ante aquel espectáculo se le oprimió el corazón y la pareció que todo se derrumbaba á sus pies.

Aquella postrera esperanza se había desvanecido también. Poco á poco todos los gusanos se morirían del mismo modo; era por tanto inútil gastar más en mantenerlos ni cansarse en cuidarlos; y en un arrebato de ira y de desesperación cogió todas aquellas bestezuelas, las muertas junto con las vivas, y las arrojó al patio, y luego se dejó caer sin fuerzas en el lecho, llena también de desaliento, aniquilada por la serie de desventuras que parecía llover sobre su casa.

Y sin embargo, aún no habían terminado sus penas. El propietario, harto de no sacar nada de sus tierras y echando la culpa de ello á la familia demasiado numerosa de Luis, en la que había cinco bocas que mantener, pero sólo cuatro brazos para trabajar, le anunció el desahucio para el próximo día de San Martín.

Este fué el golpe de gracia para aquella pobre gente, que se vió perdida y sin remedio. Con los hijos pequeños y la anciana enferma no podían encontrar fácilmente otro amo; además los años eran malos para todos, de suerte que la pobre familia no sabía á qué santo encomendarse.

– Todo acabó, dijo Ana; ahora no nos queda otro remedio que pedir limosna.

– Ya es tiempo de que me marche muy lejos, pues peor que estoy no puedo ya estar, contestó Luis.

Ana se sintió desfallecer al oir estas palabras, porque la mayor desgracia que pudiera sucederle era la separacion y ausencia de su marido.

– Tu hermano ha encontrado modo de vivir allá, dijo Luis; ¿por qué no me he de abrir camino como él? Tengo buenos brazos y deseos de trabajar.

– ¿Y nosotros?, preguntó Ana.

– Algún santo os ayudará. Enrique aprenderá algún oficio y tú trabajarás para ganar el pan para ti y para Elena.

– ¿Y la madre?

– Procuraremos meterla en un hospital; con nosotros se moriría de hambre.

La vieja comprendía que se hablaba de ella, y echando una ojeada feroz á su hijo lanzó una especie de gruñido.

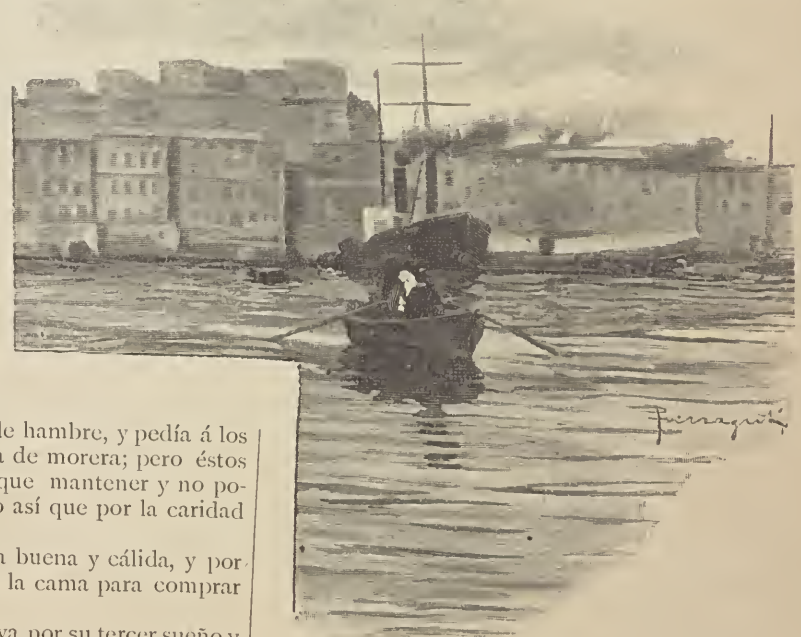
Ana sentía que se le oprimía el corazón, y le asustaba la idea de que su marido se marchase lejos, muy lejos, al otro lado del mar.

– Temo, decía, no tener valor para quedarme sin ti.

Y miraba á Luis con los ojos suplicantes como para pedirle que no la abandonase, y le señalaba llorando á sus hijos.

Pero Luis había tomado ya su resolución y ni siquiera hablaba de ella con Ana, recelando que su dolor le quitase el ánimo necesario para realizar su proyecto.

En tanto se informaba de los buques que partían para América, y combinaba el modo de embarcarse



El desembarque en Montevideo



Cuando vió á su marido hacer un lío con su ropa, rompió á llorar

con otros aldeanos que, como él, estaban resueltos á emigrar.

Ana comprendía que la marcha era inevitable, que se acercaba el momento de la separación; pensaba en ella continuamente, pero no se atrevía á hablar. Se había casado con Luis por amor y en el fondo de su corazón le conservaba gran cariño, y si en los últimos tiempos, preocupados con las exigencias materiales de la vida y de la miseria, que aumentaba diariamente, no pensaban en ternezas y halagos, ahora, sabiendo que debían separarse por mucho tiempo, se miraban con amor, se daban la mano, procuraban estar juntos como en los días que habían precedido á su matrimonio, y Ana tenía atenciones desacostumbradas con su marido, zalamerías que hasta aquel día no le hizo nunca.

Pusieron á su hijo Enrique, que era muchacho fuerte é inteligente, de aprendiz con un albañil conocido, el cual prometió tenerlo como hijo y enseñarle bien el oficio; por el momento lo mantendría solamente en cambio de sus servicios como peón, y más adelante le daría un jornal si era laborioso.

Lo más difícil era hallar dónde dejar á la anciana, con la que nadie quería cargar. A veces daba señales de locura; pero no las bastantes para que la admitieran en un manicomio; negáronse á recibirla en el hospital so pretexto de que no estaba bastante enferma para ocupar una cama con perjuicio de otro que la necesitase más, y que para curarla bastaba que la alimentasen bien. ¡Alimentarla bien! Los parientes, en su miseria, no sabían qué hacer de ella y la consideraban como un estorbo, tanto que la anciana, observando que se ocupaban de ella y teniendo la cabeza tan débil que padecía alucinaciones y veía enemigos en todas partes, temía que los suyos quisiesen envenenarla para deshacerse de ella, y se volvía á la nuera y á los nietos con los puños cerrados, los dientes apretados, en actitud amenazadora, y corría desatentada por los campos como si la persiguiera un enemigo invisible.

Cierto día llegó á tal extremo la manía de la persecución, que por huir de un peligro imaginario cayó en un barranco y se mató. Esta muerte fué una ventaja para la familia, y tan luego como la anciana recibió sepultura, Luis empezó á pensar formalmente en su partida. Antes del día de San Martín vendió todos los objetos caseros de que no tenía necesidad á fin de reunir algún dinero para el viaje.

Ana vió desaparecer sin conmoverse aquellos objetos que tanta parte tuvieron en su vida; había sufrido tanto, que le era ya indiferente desprenderse de ellos. Pero cuando vió á su marido hacer un lío con su ropa y prepararse á partir, no pudo avenirse á la idea de separarse de él y rompió á llorar.

A Luis le enojaban aquellas lágrimas que le quitaban el valor, y dijo gritando á la pobre mujer:

– Al fin y al cabo no voy á morir; de América se vuelve, y sin duda volveré con una buena provisión de pesos duros. Acuérdate de Nanni, el gordo, que se ha hecho una casa y comprado hermosas tierras con dinero que ha traído de allí.

– Sí, pero entretanto ¿qué haré yo sin ti?, preguntaba Ana llorando.

– Te cuidarás de los hijos: en la incertidumbre en que estoy no puedo llevaros á todos conmigo; pero si veo que allí se está mejor que aquí, podréis tener la seguridad de que os enviaré á buscar en seguida. Tampoco á mí me gusta vivir solo entre personas que no conozco. ¡Ea, basta ya, no quiero lloriqueos; anímate, que por poco bien que se esté allí, también irás tú!

A pesar de estas palabras, no dejaba él de estar conmovido y debía mirar á otra parte para ocultar su conmoción.

Partió al amanecer, tranquilamente, con el lío á cuestas, sin hacer ruido para no despertar á nadie; pero Ana, que no había pegado los ojos en toda la noche, se levantó y quiso acompañarle un buen trecho por la carretera.

Luis le decía que no se cansase inútilmente y la persuadía á que volviese á casa; pero ella no lo dejó hasta llegar al pueblo y verle subir en la diligencia en la que debía ir hasta el ferrocarril; y cuando subió al carruaje estuvo inmóvil sin apartar la vista de la cara de su marido, con el corazón tan oprimido como si no hubiese de volver á verle.

– Vete á casa, le decía Luis; te recomiendo á los niños, especialmente á Enrique; ese será nuestra suerte. ¿Has oído lo que ha dicho el maestro? Es el primero de la clase, sabe leer y contar mejor que todos, y aun cuando vaya al trabajo, procura que no pierda la escuela los domingos; te lo recomiendo mucho.

Una sacudida que dió la diligencia al arrancar interrumpió estas palabras; los caballos echaron á andar y arrastraron el pesado carruaje por el camino real.

Ana, en pie, con los ojos fijos y un nudo en la garganta, estuvo mirándolo hasta que lo vió reducido por la distancia á un punto negro; en seguida desandó lentamente el camino, sintiendo dentro de sí un vacío como si le hubiesen arrancado una entraña.

No sabía cómo vivir sin su marido, y sin embargo, debía pensar en sí misma y en su Elena y hacer toda clase de esfuerzos para trabajar y vivir para sus hijos.

Pudo encontrar ocupación en una granja, y el mismo día que partió su Luis dejó también su casa, que sin él no tenía ya ningún atractivo, y las tierras en que ambos habían derramado inútilmente su sudor, pero que, ingratas, no les daban ni siquiera lo necesario para vivir, y se marchó á dar principio á una nueva vida, siempre triste y lacerada su alma por el pensamiento de que su marido se iba solo, lejos, muy lejos, más allá del mar infinito.

Después de dos largos meses de ansia y zozobra, Ana recibió la primera carta de Luis; entonces le pareció estar ya menos apartada de él y poder soportar su suerte con mayor resignación.

Decíale su marido en pocas palabras, que después de muchas peripecias, tropiezos y desalientos, había logrado obtener, por mediación de su cuñado, un pedazo de tierra inculta para labrarla, la cual sería luego propiedad suya, y empezaba á abrigar esperanzas y á formar proyectos para el porvenir.

Añadía que cuantos sabían un oficio ganaban allí bastante, y recomendaba á Enrique que aprendiese pronto el suyo de albañil, y así podría hacer fortuna y construir una casa para toda la familia; entretanto se contentaba con una barraca de madera y un poco de paja para dormir.

El proyecto de hacerse una casa era ya el sueño dorado de toda la familia; Luis hablaba de él en todas sus cartas y Ana decía á Enrique:

– Aprende mucho; luego iremos allá con tu padre, tú nos harás la casa y ganaremos mucho dinero.

Y Enrique trabajaba de buena voluntad, procuraba adelantar en su oficio, dominado á su vez por la misma idea, enardecido con la esperanza de conseguir algún día construir la casa.

El diligente muchacho era vivo de imaginación, comprendía pronto las cosas, resistía el cansancio, y se mostraba tan laborioso é inteligente que su amo se hacía lenguas de él.

La mayor diversión para Ana en las horas de descanso era pasar por delante de la obra donde trabajaba Enrique, y admirar á su hijo que, con la artesa al hombro, se encaramaba por los andamios, listo como un gato, ó con el palustre en la mano revolver la cal y blanquear una pared.

Cuando lo veía á gran altura en un andamio ó en un tejado, sentía calofríos en todo su cuerpo, por miedo de que se cayese. El muchacho comprendía los temores de su madre y siempre procuraba tranquilizarla.

– No hay cuidado, le decía, ya estoy acostumbrado; esto es mucho menos peligroso que trepar á los árboles, como hacía en otro tiempo.

– No puedo estar tranquila viéndote allá arriba, y la idea de que has de hacer toda tu vida lo mismo es un tormento para mí.

– No hay que temer; déjame y verás qué pronto te haré una bonita casa.

Un día le enseñó un pedazo de pared que había probado á hacer por sí solo, como jugando.

– Es muy sólida, mamá. El amo dice que ha salido un poco torcida, pero otra vez la haré mejor.

Ana preguntaba á menudo al amo si estaba contento de su hijo.

– No va mal, contestaba con su voz obscura; es inteligente y tiene voluntad para trabajar. Pero ¡qué tragaderas! ¡Si viera usted cómo come!, añadía luego temeroso de que después de tantos elogios le pidiese Ana algún jornal para su hijo.

– Sí, pero lo que come se lo gana, porque trabaja muy bien, como veo siempre que paso por aquí; no pierde el tiempo jugando ni tomando el sol como los demás, respondía Ana.

– El trabajo es bueno para la salud: ¿no ve usted cómo ha engordado?

Ana no podía negarlo: aquella vida activa era muy favorable para su hijo, y quizás también entraba por algo en ello el alimento más sano y más abundante que le daba su amo. En aquellos pocos meses se había robustecido y crecido mucho, y como sabía leer y hablar como un hombre, Ana, después de la marcha de su marido, le consideraba como su apoyo, lo miraba con orgullo, tenía frecuentes conversaciones con él y le pedía consejo en sus asuntos.

Cuando llegaban cartas de la República Argentina era una fiesta para toda la familia, tanto más, cuanto



El capitán la obligó á separarse del cadáver

que eran portadoras de buenas noticias: la estación era favorable, los campos empezaban á producir algo, y Luis confiaba en hallarse muy pronto en disposición de llamar á toda la familia.

II

A los dos años se recibió la carta tan suspirada, conteniendo un millar de liras que debían servir para pagar los gastos de viaje.

Ana corrió á enseñársela á Enrique, que trabajaba en un pueblo cercano; y empezaron á formar planes para el porvenir, cuando estuvieran otra vez reunidos y Enrique pudiera ganar más en un país todavía nuevo, donde había más trabajo que brazos.

Luis hacía en su carta indicaciones sobre el viaje, diciéndoles que para mayor economía se unieran á otros emigrantes y que se embarcaran en uno de los muchos vapores que salen de Génova para Montevideo, adonde él iría á esperarlos para acompañarlos á su destino.

Después de recibir aquella carta, Ana, impaciente por reunirse con su marido, anhelaba febrilmente que pasaran cuanto antes los días, y la idea de que aún debía navegar mucho tiempo antes de conseguirlo, le causaba tal ansia, tal inquietud, que no podía estar un momento tranquila.

Hicieron con toda premura los preparativos para la marcha, y fueron á Génova para embarcarse en el *Perseo*, que partía para el Plata con gran número de emigrantes.

Ana jamás había visto el mar, pero se hallaba mentalmente al otro lado del Océano, y le parecía ver á su marido correr á su encuentro, contento y feliz, y gozaba de antemano de aquel momento tan deseado.

Enrique y Elena estaban muy alegres por la novedad de viajar, especialmente por mar, y contemplaban con curiosidad aquel gran barco, destinado á servirles de casa por espacio de tres semanas, y toda aquella gente que iba, venía, corría, se atareaba para cargar efectos, escoger un buen puesto ó pedir algunos informes.

Por último, hacia la puesta del sol, cuando quedaron embarcados todos los equipajes y á bordo los pasajeros, la gigantesca embarcación levó anclas; resonó el silbato del vapor, y el buque salió del puerto lentamente, dejando tras sí una huella de espuma, mientras muchos pasajeros desde la toldilla saludaban á los amigos y miraban tristemente la tierra que abandonaban, casi todos con lágrimas en los ojos y el corazón oprimido.

En cambio Ana no tenía el menor sentimiento por dejar su país, en el que no había experimentado más que pesadumbres. Llevaba consigo á sus hijos, que eran toda su riqueza, é iba á reunirse con su marido en un país extraño donde esperaba hallar el bienestar que no pudo conseguir en aquel en que había nacido. Verdad es que se veía rodeada de personas que lloraban porque iban en busca de lo desconocido, y oía decir á algunos que también allí se moría de hambre, como en Italia, y que el afán de emigrar era una verdadera locura; pero estaba sobrado alegre y confiada para pensar en cosas tan tristes.

Pasó los primeros días de su viaje relegada en un rincón con sus hijos, tímida al verse entre caras nuevas, mirando á todos con desconfianza; después empezó poco á poco á hablar con sus vecinos y á contarles su satisfacción por ir á reunirse con su marido.

Por lo que respecta á Enrique, se había captado las simpatías de todos por su gracia é inteligencia; les hablaba de la casa que iba á construir para su familia; se expresaba con entusiasmo al tratar de su oficio, y aunque sólo tenía catorce años, hasta los hombres de edad provecta le escuchaban y decían á Ana:

– Es usted muy afortunada en tener tal hijo.

Y el rostro de Ana brillaba de orgullo materno; la buena mujer contemplaba á su hijo complacida, y á veces en un arranque de cariño cogía entre sus manos su rizada cabeza y se lo comía á besos.

Elena era en cambio un poco ruda y adusta, y á causa de verse entre tanta gente en un sitio tan nuevo para ella estaba tan intimidada que apenas se apartaba de las faldas de su madre.

Por espacio de algunos días hubo mucha mar y casi todos los pasajeros estaban mareados, tanto que apenas salían de sus camarotes.

Ana también lo estaba, pero soportaba su mal con resignación, pensando en la alegría que la esperaba después de la travesía. Enrique, el más fuerte de todos, andaba de acá para allá tropezando y agarrándose á las cuerdas para no caer, comía con buen apetito y charlaba tan contento que daba gusto el oirlo.

Cuando volvió la bonanza, cada cual buscó alguna ocupación para pasar el tiempo; las mujeres repasaban su ropa y la de sus maridos y la quitaban las manchas; los hombres fumaban, jugaban y paseaban por la cubierta contemplando la extensa llanura del mar y la inmensidad del cielo.

A popa se divertían de otro modo; iba allí toda una compañía de ópera contratada para Buenos Aires, y organizaba conciertos, tocaba, cantaba, y aquellas armonías que se difundían por los aires en medio del silencio del mar ilimitado producían un efecto inolvidable.

A veces pasaba de popa á proa, por curiosidad, alguna señora bella y elegante que daba envidia á toda aquella pobre gente.

Los míseros emigrantes bajaban los ojos avergonzándose de sus vestidos y andrajos.

Una señora, en especial, pasaba con frecuencia á tercera, quizás por aislarse de sus compañeros y para buscar la soledad en medio de aquella muchedumbre enteramente desconocida.

Ana había fijado su atención en aquella señora tan elegante, sobre todo al notar que cuantas veces pasaba junto á ella no dejaba de hacer una caricia á Elena, suspirando y saltándosele las lágrimas.

– Es rica, pensaba admirando el traje elegante de aquella señora; pero me parece desgraciada; desearía saber lo que le causa pena.

Pero cuando pasaba la señora, ya no se acordaba más de ella, embebida como estaba en sus pensamientos de felicidad.

Cierto día la señora en cuestión se detuvo más tiempo á su lado y le preguntó cuántos años tenía Elena.

– Doce, contestó Ana.

– Precisamente los de mi Elena, dijo la señora suspirando, y siguió adelante.

Otra vez Ana se atrevió á preguntarle cómo era que su hija no iba con ella.

– Está enferma, contestó la señora, y lo peor es que no sé nada de ella hace una semana, ni podré verla en muchos meses.

Y se alejó enjugando el llanto con su pañuelo.

Ana se compadeció de la pobre señora, y deseó saber por qué le había sido forzoso separarse de su hija estando enferma y siendo tan joven.

No hay cosa más fácil que adquirir informes acerca de las personas que forman la reducida sociedad que viaja en el mismo buque, de suerte que Ana averiguó pronto que aquella señora se llamaba Nora Romani, artista de la compañía que iba á Buenos Aires, y la cual se había visto obligada á dejar en Italia á su hija aquejada de pleuritis; había solicitado rescindir la contrata; pero el empresario no tuvo compasión, la estación estaba muy adelantada, los mejores artistas contratados en otros teatros y la Romani tuvo que partir sola, dejando á su madre al cuidado de su hija moribunda. La pobre señora lloraba continuamente y apenas comía pensando en su hija, y cuando pasaba junto á Elena se paraba á acariciarla, envidiando á la madre feliz que llevaba consigo á su hija, sana y robusta.



Cierto día aquella señora se detuvo más tiempo á su lado

Ana estaba demasiado contenta para comprender aquel dolor oculto; y más de una vez, al ver llegar á la Romani, volvía la cabeza para no entristecerse. Pero un día se anubló también su alegría; Enrique tuvo calentura y hubo de guardar cama, y aquel día miró á la Romani con más simpatía y le dijo así que la vió:

– Mi hijo está enfermo.

– ¡Pobre mujer!, exclamó Nora. ¡Cuánto la compadezco á usted! Y ¿qué tiene?

– Calentura.

– ¿Qué ha dicho el médico?

– Cree que no será nada; pero yo estoy asustada, señora. Estaba tan contenta de ir á reunirme con mi marido, llevándole nuestros hijos sanos, mientras que ahora...

– No será nada; no se alarme usted... Al menos tiene usted el consuelo de llevar á Enrique á su lado; pero yo...

Y sin acabar la frase se alejó compadeciendo y envidiando al mismo tiempo á Ana y pensando con desesperación que tenía su hija lejos y enferma.

¡Cómo comprendía Ana en aquel momento la angustia de la pobre madre!

Entretanto Enrique no mejoraba, y al ver á aquel hijo predilecto, su esperanza, su orgullo, postrado en el lecho, presa de una fiebre que le hacía delirar, sentía una dolorosa pesadumbre que jamás había experimentado, como si tuviese la muerte en el corazón, y pensaba en las causas de aquel mal repentino con la esperanza de encontrar un remedio.

Cierta noche se despertó el enfermo sobresaltado, con escalofríos y rechinando los dientes; siguióse luego un fuerte acceso de calentura de más de cuarenta grados. Al principio el médico creyó que la enfermedad consistía en un enfriamiento á consecuencia de haber estado Enrique sobre cubierta hasta hora avanzada de la noche, ó que tenía por causa una indigestión; pero los remedios no producían efecto y la fiebre continuaba ardiente, sin cesar un momento.

Ana interrogaba al médico con afanosa mirada, esperando leer en su rostro algo que la tranquilizase y le devolviese la esperanza; pero sólo obtenía palabras vagas, débiles seguridades.

Animóse un día y preguntó al doctor qué enfermedad tenía su hijo.

– Una fiebre tifoidea, le contestó.

– Y se curará, ¿no es verdad?

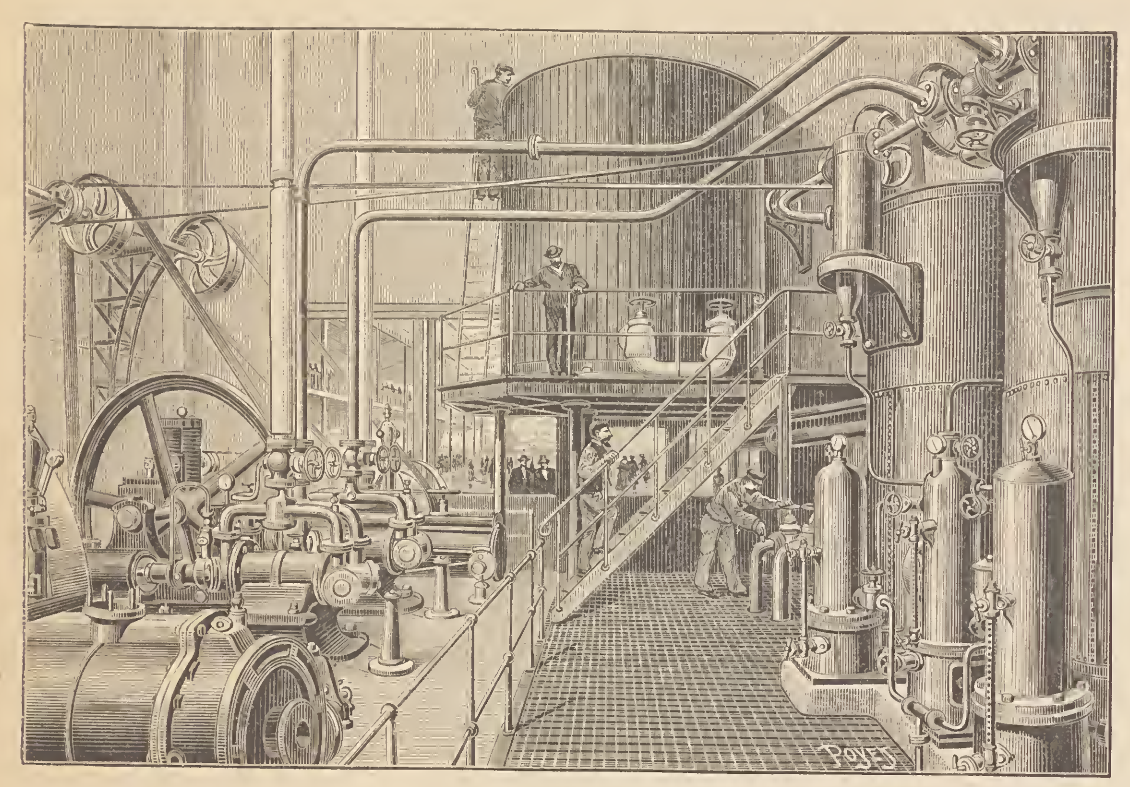
– No hay que desanimarse; pero será enfermedad larga.

(Continuará)

SECCIÓN CIENTÍFICA

PATINACIÓN EN TODO TIEMPO. – EL «POLO NORTE» EN PARÍS

En el núm. 425 de La Ilustración Artística describimos con el título de *Palacio de hielo* una ins-


Fig. 1. Sala de máquinas frigoríficas del *Polo Norte*, en París

talación destinada á la patinación sobre verdadero hielo en todas las estaciones. La sociedad que había tomado á su cargo la realización de esta idea había alquilado el inmenso local de la plaza de toros de la calle Pergolese, cuya pista de 2.000 metros pudieron los parisienses por un instante ver convertida en un lago. Pero cuando hubo que congelar ésta, cuando las máquinas comenzaron á funcionar, vióse, aunque algo tarde, que la instalación adolecía de muchos defectos, y sólo pudo conseguirse que se formara hielo en los bordes y aun no de una manera uniforme. Entonces los directores de la empresa hicieron transportar en carretones hielo natural que colocaron en la pista, y algunos patinadores pudieron dedicarse á patinar sobre aquella superficie, pero á la mañana siguiente el hielo se había derretido y la empresa se dió por fracasada. Había sido en verdad una locura querer hacer en algunas semanas lo que exigía muchos meses de estudio y de trabajos; mas como la idea era buena no faltó quien la recogiera y la aprovechara, hasta el punto de que hoy en París, desde 1.º de octubre, se patina de día y de noche en el establecimiento denominado *Polo Norte*. Esta vez la instalación ha sido bien dirigida y todo en ella está perfectamente estudiado y cuidadosamente ejecutado. El principio es el mismo que antes se había empleado, y la fig. 1 representa la sala de máquinas hábilmente dispuesta por el ingeniero M. Stoppani.

A la izquierda hay dos motores de vapor de 50 caballos cada uno, sistema Corliss, con distribuidor Stoppani, que hacen funcionar dos máquinas frigoríficas Fixary de doble efecto. Estas máquinas son bombas destinadas á transformar el gas amoníaco en amoníaco líquido: á este efecto empiezan por empujar el gas en grandes depósitos ó *condensadores* representados á la derecha, en los cuales se enfría por medio de una circulación de agua tomada de la distribución de las de París, y se licúa en los pequeños cilindros colocados en primer término. Desde allí el amoníaco es conducido á los grandes depósitos ó *refrigeradores* que se ven en una galería y en ellos se distiende produciendo el frío. Vuelto al estado gaseoso es recogido de nuevo por las máquinas que otra vez lo empujan á los condensadores, y así sucesivamente, sirviendo siempre el mismo amoníaco. El descenso de la temperatura que produce la distensión del gas licuado es utilizado para enfriar un líquido incongelable (disolución de cloruro de calcio) que circula en los serpentines en medio de los refrigeradores y que una bomba envía á los tubos situados en la pista.

Existe, pues, en esta instalación una diferencia notable con la ensayada anteriormente, en la que se hacía distender directamente el amoníaco en los tubos de la pista, disposición evidentemente defectuosa á causa de los escapes inevitables en una canalización de algunos kilómetros de longitud.

La pista (fig. 2) tiene 40 metros de largo por 18 de ancho y está formada por una capa de cemento y corcho puesta sobre un fondo metálico completamente estanco y encima de la cual están dispuestos los serpentines, tubos de hierro de una longitud total de 5.000 metros. Cada sección está montada en derivación sobre dos conductos principales A y B (fig. 3), por los cuales circula constantemente el líquido incongelable enfriado á una temperatura que varía según la velocidad de circulación, que se puede regular á voluntad á medida de las necesidades. Cuando la temperatura exterior es poco elevada y se trata sólo de conservar el hielo, bastan algunos grados bajo cero; en cambio cuando es preciso renovar la capa superior ó toda la pista hay que bajar á 15 ó 20 grados. La superficie se renueva todas las noches: después de haber quitado toda la nieve producida por el roce de los patines se echa por medio de una bomba sobre el hielo que queda una capa de agua que circula mientras dura la congelación á fin de obtener una superficie completamente unida.

Para evitar que los serpentines (fig. 3) al contraerse por efecto de las diferencias de temperatura á que están sometidos produzcan desniveles, están formados por tubos enchufados que se introducen unos en otros con rozamiento á cierta longitud: de esta suerte constituyen una especie de correderas que permiten cierto juego. Además para que su temperatura sea lo más uniforme posible se procura cambiar frecuentemente el sentido de la corriente, merced á lo cual se asegura una temperatura media uniforme en toda la circulación.

Como se ve, en esta instalación todo ha sido previsto y estudiado en sus menores detalles; por esto desde que funciona no ha habido en ella ningún desperfecto, y los muchos aficionados á la patinación han podido entregarse sin interrupción á su ejercicio predilecto, como en los lagos del Bosque de Bologne en pleno invierno.



Una parte de la fuerza de los motores se utiliza para el alumbrado de la sala, que está perfectamente decorada con panoramas polares de verdadero color local; pero el realismo no pasa de aquí, pues hay en aquel vasto salón un calorífero que mantiene la temperatura entre 15 y 18 grados.

Un vasto paseo rodea la pista y varios palcos situados á la altura del primer piso permiten á los que no patinan admirar las proezas de aquellos para quienes las leyes del equilibrio no tienen ningún secreto.

G. Mareschal

***

LOS SISTEMAS TERMOMÉTRICOS

El gobierno prusiano ha declarado recientemente legal el sistema termométrico centígrado ó de Celsio, y á este propósito creemos interesantes algunos datos históricos que vamos á exponer.

Al célebre meteorólogo Dove se debe el resto de popularidad que el sistema de Reamur tiene en Alemania, pues aun reconociendo las ventajas del sistema centesimal, decía á sus discípulos: «Después de mi muerte hagan ustedes lo que mejor les parezca; pero, por Dios, no me obliguen ustedes á cambiar de costumbres, pues soy demasiado viejo para ello.» En su *Historia del termómetro*, M. Renou hace observar que los ingleses emplean el sistema de un dinamarqués, Fahrenheit; los franceses el de un sueco, Celsio, y los alemanes el de un francés, Reamur. Completaremos esa paradoja diciendo que el sistema de Fahrenheit ha sido definido por Hanow, el de Celsio quizás por Christín, y por último que en su origen los termómetros de Reamur marcaban un punto próximo á 100° y á veces superior á la temperatura de ebullición del agua. En efecto, Fahrenheit graduaba sus termómetros marcando 0° en la temperatura más baja de invierno y 24° exponiendo el instrumento al sol. Posteriormente sus grados fueron divididos en cuatro partes. En 1737 escribió Hanow: «Según los termómetros más importantes que M. Romer, de Danzig, ha hecho construir, y de los cuales el mejor fabricante es M. Fahrenheit, el agua hierve á 212° y se congela á 32°.

Celsio, á quien debe el termómetro grandes perfeccionamientos, publicó en 1742 los procedimientos de graduación de sus instrumentos: en aquella época


Fig. 2. Vista en conjunto del salón de patinar sobre hielo artificial en el *Polo Norte*, en París

señalaba la temperatura del agua hirviente por 0° y la del hielo derretido por 100°, escala que después trazó en sentido inverso. Por aquel mismo tiempo Christín, de la Academia de Bellas Artes de Lyón, publicaba una serie de notas sobre la graduación de los termómetros de mercurio, y en 1743 proponía públicamente la división en 100 partes. Lo que no se sabe á punto fijo es quién empleó primero esta graduación, si Celsio ó Christín.

Reaumur estableció su sistema del modo siguiente: habiendo experimentado que una determinada cantidad de alcohol hidratado que á 0° tenía un volumen de 1.000, alcanzaba, puesto en agua hervida, el de 1.080, definió como grado de temperatura la elevación necesaria para dilatar este alcohol en una milésima de su volumen, pensando haber así dividido

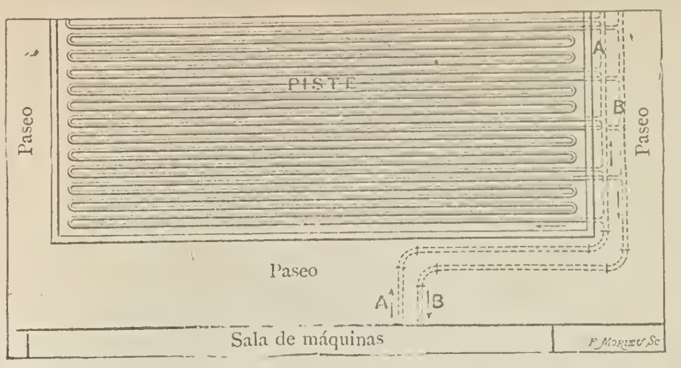


Fig. 3. Esquema de los tubos de congelación dispuestos en la pista de la sala de patinar en el *Polo Norte*, en París

A. Tubo de entrada del líquido frigorífico. – B. Tubo de salida

en 80 partes el intervalo comprendido entre el punto de congelación del agua y su punto de ebullición. Esta definición fué conservada en el sistema Reaumur, aunque él mismo determinaba el punto superior de la escala por la temperatura de ebullición de cierto alcohol. En realidad, dividía en 80 partes un intervalo correspondiente casi á 80° centígrados; de suerte que siguiendo la práctica de Reaumur y no su definición, se habrían construído por casualidad termómetros graduados casi según el sistema centígrado. De lo que resulta que, uniendo un procedimiento defectuoso á una mala definición, se ha establecido un sistema que actualmente cuesta á los físicos gran trabajo desterrar.

C. E. G.

(De *La Nature*)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

HISTORIA RECREATIVA. CUENTOS, LEYENDAS Y TRADICIONES, *por Enrique Miranda y Tuya*. – Con esta colección de interesantes narraciones se ha propuesto su autor, profesor de la Escuela de Artes y Oficios de Gijón, inculcar al pueblo las lecciones históricas valiéndose al mismo tiempo de la novela, y en verdad que ha conseguido cumplidamente tan noble propósito, pues hay en todos los capítulos de su libro provechosas enseñanzas revestidas de forma amenísima. El libro ha sido impreso en Gijón, imprenta del *Musel*, Rastro, 24.

* * *

COMIDILLA, *por Germán de la Pedrosa*. – El distinguido redactor del diario santanderino *La Publicidad* Sr. de la Pedrosa ha tenido el buen acierto de reunir en un pequeño libro una porción de artículos humorísticos en prosa y en verso en dicho periódico publicados. Aunque la mayoría de ellos se refiere á asuntos de interés puramente local, están escritos todos con tanta gracia que su lectura ha de regocijar aun á los que no conozcan minuciosamente los *faits divers* de la bella ciudad del Cantábrico.

* * *

LOS HÉROES, *por Tomás Carlyle. Traducción por don Julián G. Orbón*. – El conocido editor madrileño Sr. Fernández Lasanta ha comenzado la publicación de una *Biblioteca selecta anglo-alemana*, con la cual se propone poner al alcance de toda clase de lectores obras notables de autores ilustres ingleses y alemanes, de verdadera importancia en la historia general de la literatura. A juzgar por el primer volumen, la publicación ha de merecer el favor del público. No hemos de encarecer lo que vale *Los héroes* de Carlyle; mejor que nosotros lo hacen en un hermoso prólogo D. Emilio Castelar y en una Introducción llena de primores de concepto y de lenguaje, como todos sus escritos, el reputado literato D. Leopoldo Alas *(Clarín)*. ¿Qué mejor elogio de un libro que ver unidos en él con el nombre del gran filósofo inglés los del eminente orador y del ilustre crítico españoles? La traducción es una verdadera traducción literaria que honra al profesor de lenguas D. Julián G. Orbón. Véndese el libro al precio de 2 pesetas en las principales librerías.



EL EXCMO. SR. D. CÁSTULO FERRER
presidente de la Diputación provincial de Santiago de Cuba

* * *

HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE AMÉRICA, *por Enrique Campe*. – Se ha publicado el segundo y último tomo de esta importante obra, de la que nos ocupamos al aparecer el primero: trata de la conquista del continente americano y lleva curiosas anotaciones del sabio americanista Sr. Fernández Duro. Véndese en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

* * *

LOS APARECIDOS. EDDA GABBLER, *por Enrique Ibsen*. – Estos dos dramas han sido universalmente reconocidos como los mejores del gran dramaturgo noruego, lo cual no es decir poco tratándose del famoso autor de *Casa de Muñeca*: en realidad son hermosos y su lectura conmueve y asombra por la profundidad del pensamiento que encierran. Los dos dramas juntos forman un elegante tomo que se vende á 3 pesetas.

* * *

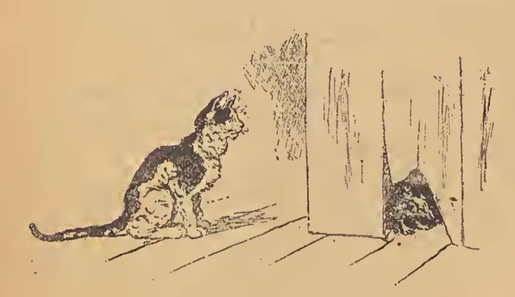
EUGENIA GRANDET, *por H. Balzac*. – Es la más notable entre las muchas novelas de su autor. La avaricia del padre que por amor al dinero sacrifica á su hija, la elegancia de la sociedad acaudalada de París, los amores contrariados entre dos jóvenes que se adoran y otros episodios interesantes hacen de esta obra una de las maravillas de la novela naturalista. Este libro, que como los dos anteriores forma parte de la *Colección de libros escogidos* que publica en Madrid D. José Lázaro, véndese al precio de 3 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

AÑO XI — BARCELONA 19 DE DICIEMBRE DE 1892 — NÚM. 573

TÁCTICA GATUNA


¡Preparen!


¡Apunten!


¡Fuego!


¡Ya cayó!



FÁBRICA la más importante del mundo, la que tiene mayores existencias y mejores productos en su clase.

Como quiera que el ser muy viejo es una de las condiciones más esenciales que debe reunir todo material con base de cemento, nuestra casa no entrega sus renombrados MOSAICOS HIDRÁULICOS ni ninguno de sus productos hasta pasado un año por lo menos de su fabricación. De ahí el gran crédito y el inmenso y progresivo consumo que de ellos se hace, no ya sólo en la Península y Ultramar, sino hasta en el Extranjero.

Otras de las cualidades que indudablemente influyen en la preferencia que hasta ahora viene dispensando el público inteligente y de refinado gusto á nuestros mosaicos, es la de habernos separado de los rutinarios dibujos y de haber creado, debido á renombrados artistas y sin reparar en sacrificios, otros originales y de exclusiva propiedad de esta casa.

ESPECIALIDADES DE LA CASA

Baldosas para aceras, cuadras y cocheras, dando mejor resultado que cualquiera clase de piedra, y siendo su precio mucho más económico.

Baldosas especiales para salas de máquinas, recomendándose por su gran solidez y limpieza.

Gran novedad en baldosas relieve para arrimaderos y pasillos.

Baldosas para galerías, patios y terrazas al aire libre. Producto inalterable y resistiendo á los cambios bruscos de temperatura.

Losas de gran relieve para ornamentación de fachadas y zócalos.

Las humedades en los pisos y muros se evitan con el empleo de nuestros pavimentos y zócalos ó arrimaderos.

Nuestra casa garantiza todos los artículos de su especial fabricación

LAS MAQUINAS DE LOS BUQUES Y LAS DE LOS HOMBRES

En el mes de marzo el magnífico vapor «City of Paris», viniendo de Nueva York á Liverpool, tuvo un contratiempo, que inutilizándole la máquina lo dejó en la mar á merced de las olas. Llevaba un número considerable de pasajeros y tanto en Europa como en América se abrigaban serios temores sobre su seguridad. El público recordará cómo se le trajo á remolque al puerto de Queenstown.

Bien, ¿y qué?, se me preguntará. Al fin se vió lo que había pasado, se reparó la máquina y no hubo desgracias que lamentar.

Es verdad; pero vamos despacio. ¿Porque uno no vaya á la mar se ha de creer que la inutilización repentina de la máquina de un barco no ofrece una lección que aprender? ¡Qué poco vemos los hombres! ¿No ha estado V. nunca en la cama sin poderse valer en su casa ó en un hospital? ¿Qué tenía V.? Alguna enfermedad. ¿Qué es enfermedad? Es un contratiempo en la máquina vital. ¿Qué es lo que los médicos tratan de hacer? Curar, por supuesto, ó reparar á uno, que viene á ser lo mismo; pues nosotros estamos vivos y funcionamos á impulso de ciertos órganos ó máquinas dentro del cuerpo. Cuando se descomponen y no trabajan bien, estamos malos; cuando se paran, morimos. ¿Comprende V. lo que le quiero decir?

Hay veces en que la máquina de un hombre está descompuesta desde que nace. He aquí la historia de cierto sujeto, que poudrá demanifiesto lo que queremos decir. Ese hombre dice: Un barco no es malo porque otro lo sea, pero un niño puede ser débil porque lo han sido sus padres ó alguno de sus antepasados. Se dice en la familia que cuando yo era niño no hacía más que dormir. Bien; un niño que esté sano ha de dormir mucho, pero no constantemente; ha de reir, jugar, llorar, patalear y fijarse en todo. A mi madre no le gustaba esto y fué á ver al médico, que dijo se debía á que mi hígado no funcionaba bien. Sin embargo, he vivido y he crecido como hacen otros millones de niños, pero la enfermedad heredada se da á conocer más tarde ó más temprano, según las circunstancias.

Hace unos cinco años que empecé á sentirme mal. No sabía lo que tenía. Sentía mal gusto en la boca, tenía la lengua pegajosa, estaba cansado y me repugnaba el trabajo. No tenía apetito, y cuando comía por una especie de convencimiento, sufría después mucho dolor. Así seguí hasta la primavera de 1888, en que me dió un ataque muy fuerte y tuve que ir por algún tiempo al hospital. Salí de allí todavía débil y poco después me puse tan malo que tuve que meterme en cama. Mi estado no podía ser peor.

El primer médico que vino á verme no pudo hacer nada de provecho y mi familia tuvo que buscar á otro, pues me *encontraba en un estado alarmante*. Me puse peor y sufría mucho. Sentía dolores en todo el cuerpo y especialmente en el vientre, en donde eran fuertísimos. Me encontraba muy estreñido y el médico no sabía qué hacer. Un día me dijo: *no puedo explicarme su estado de V.* Entonces empecé á pensar qué sería lo mejor que yo podía hacer. ¿Pero qué podía hacer yo?

Me habían hablado de una medicina llamada *Jarabe Curativo de la Madre Seigel*, que se decía era remedio infalible de enfermedades graves y crónicas, en que otros remedios no habían dado resultado, pero no lo había tomado nunca y no tenía motivo para creerlo así. Sin embargo, algunas veces por caminos muy estrechos llega uno á sitios en que no había estado antes.

Leyendo un día un periódico, me encontré con un caso parecido al mío, que se había curado, según decía el que escribía, con el *Jarabe de la Madre Seigel*. Me decidí á correr el riesgo y mandé por una botella á la botica del Sr. Dyer, Acre Lane, West Brixton, Londres. *A los diez minutos de haber tomado la primera dosis, sentí alivio.*

Excitado y satisfecho exclamé: *Esto es lo bueno.*

Al cabo de las seis botellas me encontraba en perfecta salud. Soy otro hombre. Nunca he estado mejor en toda mi vida, y todos mis parientes creen la cura tanto más maravillosa, cuanto que me han visto sufrir de enfermedad del hígado desde la infancia. Con gusto daré informes sobre el *Jarabe de la Madre Seigel* y sobre el efecto que en mí ha hecho. Firmado: W. Goldspink, 126, Acre Lane, Brixton, y 19, Tachbrook Street, Pimlico, Londres.

El Sr. Goldspink es carnicero, muy conocido y muy respetado. Además de la debilidad congénita del hígado, tenía indigestión crónica inveterada con estreñimiento, complicación peligrosa y á veces mortal. Para esta enfermedad casi universal, que frecuentemente se toma por otra, el *Jarabe de Seigel* es la única medicina provechosa. Búsquese en los periódicos el testimonio de personas de todas partes.

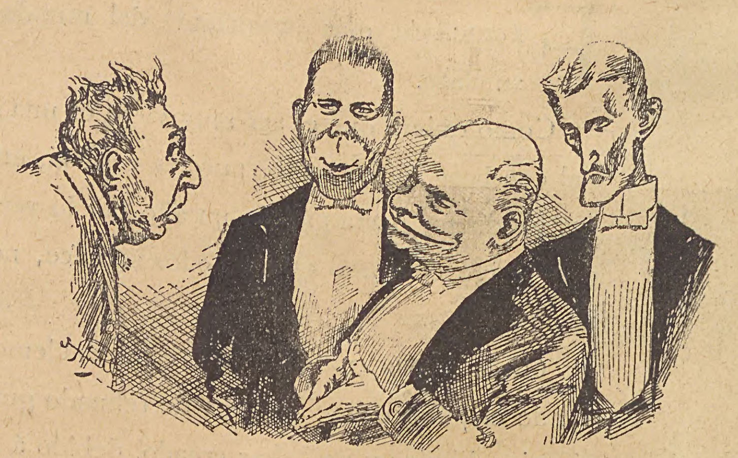
Si el lector se dirige á los señores A. J. White, Limitado, n.° 155, calle de Caspe, Barcelona, tendrán mucho gusto en enviarle gratuitamente un folleto ilustrado que explique las propiedades de este remedio.

El *Jarabe Curativo de la Madre Seigel* está de venta en todas las Farmacias. Precio del frasco, 14 reales; frasquito, 8 reales.

EL FONDISTA Y SUS CRIADOS



—No quiero barbas ni bigotes en mi casa, pues todos los huéspedes se quejan de esta falta á las leyes de la etiqueta.



—¡Valientes espantajos! De fijo no se quejarán mis huéspedes, porque no quedará uno en mi casa al ver estas fachas.

Imp. de Montaner y Simón



Alegoría del Billar. – Pintura decorativa de Casto Plasencia, existente en el Palacio de los Sres. de Selgas

PROSPECTO

BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

De ingratos pecaríamos si ante todo no reiteráramos la expresión de nuestra gratitud más profunda al público por el favor constante y de día en día creciente que dispensa á nuestra publicación, favor que sobrepuja las más halagüeñas esperanzas que al iniciarla pudimos acariciar.

Nuestros deseos de complacerle, nuestros sacrificios para lograr tan noble propósito son, han sido y serán siempre grandes; pero mayor si cabe es la recompensa otorgada á nuestros afanes, y ello nos alienta á no cejar en los unos y á no escatimar los otros para continuar siendo dignos de la confianza que del público hemos merecido.

Desde que pusimos en planta la reforma en el sistema de repartir las obras sustituyendo los repartos semanales por la entrega en períodos fijos de tomos encuadernados, hemos publicado las siguientes obras, cuya bondad han podido apreciar nuestros suscriptores.

HISTORIA DE LOS GRIEGOS, por Víctor Duruy; tres tomos con multitud de grabados que representan vistas de lugares, monumentos, objetos de arte, monedas y todo cuanto con la antigüedad griega se relaciona.

VIAJE POR EL NILO, por E. de Gonsenbach: un tomo con elegantes ilustraciones de Mainella, en las que están copiados del natural los sitios, monumentos, tipos y escenas que describe el autor del libro.

MISTERIOS DEL MAR: un tomo, compilación de las mejores obras que de tan interesante materia tratan, hecha por D. Manuel Aranda y Sanjuán y con multitud de preciosos grabados.

LA GUERRA FRANCO-ALEMANA (1870-1871), por el mariscal conde de Moltke: un tomo ilustrado con los retratos de los principales generales y jefes que en aquella trascendental lucha tomaron parte y acompañado de un mapa de grandes dimensiones en el que pueden seguirse paso á paso los movimientos de los dos ejércitos.

LA ÚLTIMA SONRISA, preciosa novela original de D. Mariano de Larra: un tomo profusa y primorosamente ilustrado por *D. Alfredo Perea.*

AMÉRICA, HISTORIA DE SU DESCUBRIMIENTO, por Rodolfo Cronau: tres tomos con profusión de ilustraciones del mismo autor, copias tomadas del natural de paisajes, monumentos, tipos y objetos desconocidos en su mayoría hasta que él los incluyó en su obra.

NERÓN, por D. Emilio Castelar: dos tomos profusamente ilustrados.

He aquí lo que hasta ahora llevamos hecho; la anterior lista es la mejor demostración de nuestros esfuerzos por corresponder al favor de nuestros suscriptores.

Causas completamente ajenas á nuestra voluntad no nos han permitido publicar el tercero y último tomo de la obra de *D. Emilio Castelar,* NERÓN: hoy podemos casi asegurar que el reparto de este tomo será uno de los primeros del año 1893.

Varias son las obras que tenemos en preparación y que nos proponemos publicar durante dicho año. Figuran entre ellas:

AYER, HOY Y MAÑANA, por D. Antonio Flores.—Hay libros que nunca envejecen, mejor dicho, hay libros que á medida que el tiempo pasa adquieren mayor valor, así bajo el concepto histórico como desde el punto de vista literario. El libro de D. Antonio Flores es uno de éstos, y como los de Larra y Mesonero Romanos, en cualquier tiempo y por cualquier página que se abra se lee con el mismo deleite.

El mejor encomio que de la obra podemos hacer, es consignar que el manuscrito de la misma fué adquirido hace años por el Gobierno con destino á la Biblioteca Nacional, en donde figura al lado de los de nuestros clásicos, y que las ediciones que del libro se han hecho están completamente agotadas hasta el punto de considerarse como raros y preciosos los poquísimos ejemplares que de él circulan.

TRADICIONES PERUANAS, por D. Ricardo Palma, escogidas entre las preciosas narraciones debidas á la elegante pluma del castizo y erudito escritor americano, individuo de las Reales Academias Española y de la Historia. Cuanto dijéramos en alabanza de estos trabajos de Ricardo Palma sería poco: en las TRADICIONES verán los suscriptores de la BIBLIOTECA UNIVERSAL desfilar los principales personajes y reproducirse los más culminantes hechos de nuestra conquista de Indias, resucitados los unos y reconstruídos los otros por el genio de quien como Palma al par de historiógrafo es poeta y artista, puesto que ciñéndose á la verdad rigurosamente histórica la embellece de tal suerte con los primores de su estilo y de su imaginación, que el lector no sabe qué admirar más en esas narraciones, si el interés que el relato despierta ó la hermosura que su forma reviste.

Entre las muchas ilustraciones que llevarán los dos tomos de esta obra figurarán los retratos de los cuarenta y cinco virreyes del Perú, desde Francisco Pizarro hasta la Serna, copiados de la galería existente en la Biblioteca de Lima.

AMÉRICA

HISTORIA DE SU COLONIZACIÓN, DOMINACIÓN É INDEPENDENCIA

escrita con presencia de las principales obras que han tratado de estas materias, tales como las de *Mitre, Barros Arana, Chavero, Riva Palacio, Vicuña Mackenna, Bulnes, Montero Barrantes* y otros.

En vista del éxito extraordinario, superior á cuanto las más lisonjeras esperanzas pudieran hacernos concebir, de la obra de Rodolfo Cronau, AMÉRICA: HISTORIA DE SU DESCUBRIMIENTO DESDE LOS TIEMPOS PRIMITIVOS HASTA LOS MÁS MODERNOS, nos proponemos publicar la historia de la conquista y de la dominación por los diferentes pueblos europeos de aquel mundo que Cristóbal Colón descubriera, y finalmente la de su independencia y formación de los modernos Estados americanos.

Ocioso nos parece encarecer la importancia de esta obra: el desenvolvimiento moral y material de aquellos pueblos constituídos en naciones autónomas, la necesidad imperiosa de estrechar los lazos de cariño que deben unirnos con los que bajo todos conceptos son nuestros hermanos, el interés que despiertan aquellas luchas por la independencia que al otro lado del Océano se sostuvieron en épocas no lejanas, son otros tantos motivos que justifican la publicación que para formar parte de la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA estamos preparando.

Los tomos de la BIBLIOTECA UNIVERSAL se reparten periódicamente á los suscriptores en número de DIEZ cada serie de dos años.

Como á los actuales suscriptores se les habrá de repartir durante el año 1893 el tomo tercero de *Nerón*, por D. Emilio Castelar, y como este tomo suelto de nada aprovecharía á los que se suscriban desde 1.º de enero próximo, ofrecemos á éstos para cuando llegue el caso de hacer el reparto de aquél una de las dos soluciones siguientes: ó entregarles en lugar del tomo tercero de *Nerón* el tomo de *La guerra franco-alemana* (1870-1871), por el general Moltke, ó repartirles dicho tomo tercero de *Nerón*, y poner á la venta, EXCLUSIVAMENTE PARA LOS NUEVOS SUSCRIPTORES, el primero y segundo tomos de dicha obra al precio de VEINTE REALES cada uno.

Muestra de los grabados de la importante obra **AMÉRICA: Historia de su colonización, dominación é independencia**, que se publicará en la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DETALLE DE LA LÁMINA: 1. Escud armas de la República del Perú. – 2. Simón Bolívar. – 3. General San Martín. – 4. Escudo de armas de la República de Chile. – 5. Bernardino Rivadavia. – 6. El general San Martín pas revista á las tropas. – 7. Benito Juárez. – 8. Escudo de la República de México. – 9. Juramento de los treinta y tres uruguayos en 19 de Abril de 1825. – 10. Escudo del Brasil (1822). – rancisco Solano López. – 12. Juan Garay. – 13. Exequias de Atahualpa. – 14. Ultimos instantes de Valdivia. – 15. Escudo de la Confederación Argentina. – 16. Venancio Flores. – 17. Es de la República del Uruguay.